

**LA VIDA DE SAN LESMES, PATRÓN DE BURGOS  
(† CA. 1097): PRESENTACIÓN Y TRADUCCIÓN  
DEL RELATO LATINO DE RODULFO DE LA  
CHAISE-DIEU (BHL 71)**

JOSÉ CARLOS MARTÍN-IGLESIAS  
*Universidad de Salamanca*  
jocamar@usal.es

PRESENTACIÓN\*

La reciente edición crítica de la *Vita s. Adelelmi* (BHL 71) de Rodulfo de la Chaise-Dieu, en la que se ofrece por primera vez el texto completo en latín de esta obra, aconseja publicar, además, su traducción al español para hacerla más accesible al amplio público que puede interesarse por ella<sup>1</sup>.

Este relato hagiográfico fue compuesto en honor de san Lesmes (o san Adelelmo), nacido en Loudun (Francia), monje y abad

\* Artículo asociado a los Proyectos de investigación FFI2012-35134 y SA215U14.

1 Vide J. C. MARTÍN-IGLESIAS, "La *Vita s. Adelelmi* (BHL 71): primera edición completa del texto, transmitido en las *Vitae sanctorum* de Bernardo de Brihuega", *Analecta Bollandiana* 134 (2016), 331-386: 353-386. Existe ya una traducción reciente de este relato, pero basada en el texto incompleto y, en parte, espurio, que se conocía hasta entonces, vide V. MÁRQUEZ PAILOS, "Vida de san Lesmes, confesor", en R. SÁNCHEZ DOMINGO (ed.), *Vita Adelelmi. Vida de san Lesmes. Edición facsímil de la "Vita Adelelmi" (s. XIV), contenida en el códice conservado en el Archivo del Real Monasterio de San Felices Cistercienses de Calatrava de Burgos. Transcripción y estudios*, Burgos (Universidad de Burgos) 2004, 155-188.

de la Chaise-Dieu y más tarde fundador y abad del monasterio de San Juan de Burgos, donde habría fallecido, verosíblemente, el 28 de enero de 1097<sup>2</sup>.

La obra se presenta dividida en dos libros, ambos precedidos de sendos prefacios del autor y ampliados por el final con el relato de los milagros acaecidos en Burgos tras la muerte del santo y por intercesión de éste. En el primero de estos prefacios (cap. 1), el autor se presenta a sí mismo como Rodulfo, monje de la Chaise-Dieu, enviado a Hispania por Almerico, abad del citado monasterio francés entre los años 1102 y 1111. A continuación, Rodulfo refiere el nacimiento de Lesmes, las virtudes del santo desde su infancia, la temprana muerte de sus padres (circunstancia que lo llevó a repartir su rica herencia entre los pobres, siguiendo con ello el mensaje evangélico), su peregrinación a Roma, su encuentro durante este viaje con Roberto de Turlande († 1067) (el fundador de la abadía de la Chaise-Dieu, que lo invita a llevar una vida retirada a su lado), su entrega a la vida monástica en la Chaise-Dieu a su regreso de Roma, los numerosos milagros que obró allí en los años que siguieron, su elección como abad en ese mismo cenobio y su renuncia, en fin, al cargo unos pocos años después por el deseo de entregarse con mayor libertad a la oración. De ese modo concluye el primer libro (capp. 2-9).

Al comienzo del segundo libro (cap. 10), Rodulfo justifica la continuación del relato por la insistencia de Esteban, sin duda, el

2 La bibliografía fundamental sobre san Lesmes se encuentra reunida en S. LÓPEZ SANTIDRIÁN (ed.), *San Lesmes en su tiempo*, Burgos (Facultad de Teología del Norte de España) 1997, en el que destaca el artículo de V. VALCÁRCEL, "La *Vita Adelelmi* del monje Rodulfo: historia del texto, autor, datación y algunas cuestiones de orden literario", 107-123; y R. SÁNCHEZ DOMINGO (ed.), *Vita Adelelmi. Vida de san Lesmes, o. c.* Estos estudios pueden completarse con F. J. PEÑA PÉREZ, "San Lesmes, embajador de la cultura feudal en Burgos a finales del siglo XI", en *Viajes y viajeros en la España medieval: Actas del V Curso de Cultura Medieval celebrado en Aguilar de Campoo (Palencia) del 20 al 23 de septiembre de 1993*, Aguilar de Campoo-Madrid (Centro de Estudios del Románico) 1997, 121-141; J. PÉREZ-EMBIID WAMBA, *Hagiología y sociedad en la España medieval. Castilla y León (siglos XI-XIII)*, Huelva (Universidad de Huelva) 2002, 71-80; C. LACOMBE, "San Lesmes y Jerónimo de Périgueux, dos religiosos « francos » en la Iglesia española del siglo XI", *Iacobus* 19-20 (2005), 27-46; M. C. VIVANCOS GÓMEZ, "Adelelmo de Burgos, San", *Diccionario biográfico español*, vol. 1, Madrid (Real Academia de la Historia) 2009, 471-472; Á. GARCÍA DE LA BORBOLLA, "L'hagiographie de saint Allaume (*Adelelmus*)", en E. BOZOKY (ed.), *Saints d'Aquitaine. Missionnaires et pèlerins du haut Moyen Âge*, Rennes (Presses Universitaires de Rennes) 2010, 215-231; y el ya citado MARTÍN-IGLESIAS, "La *Vita s. Adelelmi*" art. c., esp. 331-335.

abad del mismo nombre de San Juan de Burgos entre 1097 y 1103, de que el escritor fije por escrito los milagros obrados por el santo en tierras hispanas, tal y como fueron conocidos por el propio Esteban (capp. 11-19). El primero de ellos, no obstante, es la curación de cierta reina de Inglaterra, anterior al viaje de Lesmes a tierras hispanas (cap. 11). Narra, seguidamente, Rodulfo cómo, al extenderse la fama de santidad de Lesmes, la reina Constanza de Borgoña († 1093), segunda esposa del monarca castellano-leonés Alfonso VI (1065-1109), escribió al monje francés para invitarlo a llevar la doctrina apostólica hasta su reino. Es un momento tan decisivo en la vida de san Lesmes que el autor reproduce en su integridad tanto la carta de la reina como la respuesta del santo, que acepta de buen grado la misión que le es confiada (capp. 12-13). Continúa Rodulfo señalando que, después de que Lesmes viviese durante algún tiempo en la corte, Alfonso VI le ofreció la posibilidad de llevar una vida retirada en un lugar de su elección y que aquél escogió para ello la capilla de San Juan Evangelista, a las afueras de Burgos, empleada hasta entonces como hospital de pobres (cap. 13). Pero antes de recogerse en la citada capilla, el santo acompañó al rey y al ejército castellano-leonés hasta Toledo, desplazamiento que se ha querido identificar con la expedición que culminó con la conquista de Toledo en el año 1085 (cap. 13), aunque quizás no sea más que un mero viaje real fechado en el año 1091, en el que Alfonso VI cedió a Lesmes el monasterio de San Juan Bautista de Burgos y, quizás, también la capilla de San Juan Evangelista<sup>3</sup>. Precisamente ésta es una de las secciones del relato que hasta ahora no se habían publicado en su versión original, pues las líneas correspondientes de la edición de Enrique Flórez recogían un texto espurio, reconstruido tras la pérdida de un folio del manuscrito que constituye la base de

3 Estos dos diplomas, fechados el 3 de noviembre de 1091, se leen en F. J. PEÑA PÉREZ, *Documentación del monasterio de San Juan de Burgos (1091-1400)*, Burgos (Ediciones J. M. Garrido Garrido) 1983 (Fuentes medievales castellano-leonesas, 1), 3-8, (docs. 1-2); y A. GAMBRA, *Alfonso VI: Cancillería, curia e imperio*, vol. 2, León (Centro de Estudios e Investigación San Isidoro) 1998, 300-306 (doc. 116 red. A y B). El segundo de ellos (doc. 2 de Peña Pérez y doc. 116 red. B de Gamba) es quizás un falso diplomático. Por otro lado, hemos conservado otro diploma de donación de Alfonso VI, fechado el 22 de febrero de 1085, por el que éste entrega la capilla de San Juan Evangelista a la alberguería de Burgos para sustento de pobres y peregrinos, diploma que recoge un buen número de expresiones semejantes a las que se leen en esta parte de la *Vida de san Lesmes*, aunque en el citado diploma no se menciona al santo, *vide* GAMBRA, *Alfonso VI o. c.*, vol. 2, 206-208, doc. 80 (el único auténtico de la serie que incluye también los docs. 81-82).

dicha edición: Burgos, Monasterio de Cistercienses Calatravas de San Felices, s. n., ff. 54ra-77vb<sup>4</sup>. Este segundo libro continúa con la relación de nuevos milagros del santo en vida (cap. 16) y concluye con la noticia de su muerte (capp. 17-18).

Estos dos libros debieron de completarse algún tiempo después con una tercera sección compuesta por un nuevo prefacio, según la costumbre del autor, y la narración de cinco milagros sucedidos en Burgos tras la muerte del santo (capp. 19-20). Precisamente estos cinco milagros faltaban en el código burgalés del Monasterio de Cistercienses Calatravas de San Felices por la pérdida de los dos folios que contenían el final del relato. Sin embargo, han podido reconstruirse, como la sección ausente de ese mismo volumen correspondiente al cap. 13 de la *Vida de san Lesmes*, gracias a la compilación hagiográfica de Bernardo de Brihuega, concluida hacia el año 1270 y conservada en los manuscritos 2538-2541 de la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca, fechados entre los siglos XIV-XV<sup>5</sup>.

Traducción DE LA *VITA S. ADELELMI* (BHL 71)  
DE RODULFO DE LA CHAISE-DIEU

[I] Comienza el prólogo a la vida de san Lesmes, prior de la iglesia de San Juan de Burgos.

[1] 'Cuando yo, Rodulfo, el más insignificante de los monjes, tras ser enviado a Hispania por el venerable Almerico de bendito

4 E. FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. 27, Madrid (D. Antonio de Sancha) 1772, 841-866 (vide esp. 859-860, cap. 13). Vide al respecto MARTÍN-IGLESIAS, "La Vita s. Adelelmi" art. c., 339-345.

5 Sobre las *Vitae sanctorum* de Bernardo de Brihuega, vide, por ejemplo, M. C. DÍAZ Y DÍAZ, "La obra de Bernardo de Brihuega, colaborador de Alfonso X", en *Strenae. Estudios de filología e historia dedicados al profesor Manuel García Blanco*, Salamanca (Universidad de Salamanca) 1962, 145-161, e *Id.*, "Tres compiladores latinos en el ambiente de Sancho IV", en C. ALVAR, J. M. LUCÍA MEGÍAS (eds.), *La literatura en la época de Sancho IV (Actas del Congreso Internacional «La literatura en la época de Sancho IV», Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994)*, Alcalá de Henares (Universidad de Alcalá de Henares) 1996, 35-52: 37-41; PÉREZ-EMBED WAMBA, *Hagiología y sociedad o. c.*, 255-302; J. C. MARTÍN-IGLESIAS, "El corpus de textos sobre santo Domingo de Silos reunido por Bernardo de Brihuega en sus *Vitae sanctorum* (ca. 1270)", *Revista de Estudios Latinos* 16 (2016), 131-153, e *Id.*, "La Vita s. Adelelmi" art. c., esp. 338-339.

recuerdo, abad de Casa Dei<sup>6</sup>, llegué a Burgos, informé con detalle a aquellos hermanos nuestros que allí residían sobre el estado del espíritu y del cuerpo de aquél. <sup>2</sup>Éstos, por su parte, como acostumbra a ocurrir en semejantes circunstancias, mostrando un espíritu devoto y un rostro apesadumbrado, tras dejar escapar un suspiro, dicen: «<sup>3</sup>¿De qué prosperidad podemos disfrutar, cuando el santísimo varón Lesmes, por cuyo amor nos hemos reunido aquí y cuya distinguida santidad no sólo iluminó primero Francia, sino que ilumina ahora también Hispania, que siempre estuvo tan lleno del Espíritu Santo que, mientras en su cuerpo mortal entre las gentes del siglo, muerto para el mundo, vivió para Dios y, obrando numerosos milagros, incluso predijo el futuro con espíritu profético, en estos momentos por nuestra desidia o, para expresarme con más propiedad, por nuestra maldad yace tan desconocido que, si bien sus milagros hablan a diario de él, sin embargo, nosotros no dejamos nada escrito sobre él que sirva como ejemplo de una vida virtuosa para las generaciones que nos sucederán?». <sup>4</sup>En consecuencia, comenzaron a rogarme con insistencia que escribiese, al menos, unas pocas cosas de las muchas que podrían decirse con objeto de que quienes viniesen a continuación no ignorasen del todo quién fue aquél y qué grandes cualidades tuvo. <sup>5</sup>Les respondí que yo era incapaz de realizar un trabajo semejante y les rogué que no me impusiesen una tarea que no podía cumplir, añadiendo que, más bien, las limitaciones de mi inteligencia disminuirían la distinguidísima gloria de semejante varón, digna de un escritor tal que se mostrase como un pontífice de la más elevada sabiduría. <sup>6</sup>Pero, después de haber rehusado emprender una tarea semejante durante largo tiempo, negándome a ello, finalmente, fui vencido hasta tal punto por las súplicas de aquéllos que no pude negarme a realizar incluso aquello que sabía que era imposible para mí. <sup>7</sup>Que el lector y el oyente me concedan su gracia, si mi discurso suena inculto a sus oídos, y que no por ello honren a este santo en menor medida, pues ni siquiera la admirable elocuencia de Varrón<sup>7</sup> basta-

6 Almerico (Aymeric, Aimeric) fue abad de la Chaise-Dieu entre 1102 y 1111, tras lo cual fue elevado a la cátedra episcopal de Clermont-Ferrand (1111-1151), *vide* P.-R. GAUSSIN, *L'abbaye de la Chaise-Dieu (1043-1518). L'abbaye en Auvergne et son rayonnement dans la Chrétienté*, Paris (Cujas) 1962, 145-147; y, para las fechas de su episcopado, A. POITRINEAU (dir.), *Le diocèse de Clermont*, Paris (Beauchesne) 1979, 286.

7 El enciclopedista romano Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.), a quien se atribuyen más de 490 obras.

ría para esta obra que yo, un pobre hombre, con arrogancia, aunque forzado a ello, he asumido escribir.

[II] Comienza la vida del bienaventurado Lesmes.

[2] <sup>1</sup>Pues bien, el bienaventurado Lesmes, ilustre por su linaje, nació cristiano de unos padres cristianísimos y fue oriundo de cierta villa de nombre Loudun que está situada en la región en la que el territorio de Poitiers limita con el de Angers. <sup>2</sup>Como sus padres eran ilustres de acuerdo con la engañosa gloria del siglo y veían que Lesmes era un niño religiosísimo, lo confiaron a un maestro para que fuese formado en los estudios de las bellas letras con el propósito de que, si de algún modo resultaba incapaz de soportar la vida del siglo, estuviese en condiciones de entregarse a la vida religiosa. <sup>3</sup>Y, así, tuvo tanto lo uno como lo otro, es decir, la formación eclesiástica y la ropa de la vida del siglo a fin de obedecer en lo uno a sus padres, tal y como prescribe Dios, y cumplir con lo otro el mandato eclesiástico de no ofender al Señor en nada, en la medida en que lo permite la condición humana. <sup>4</sup>Pero también se entregó a la vida del siglo, aunque forzado, con la intención de hacerse con la parte de su patrimonio que le correspondía y distribuirla entre los pobres, las viudas y los necesitados, según se lee en el salmo: *Repartió y entregó sus bienes a los pobres, su justicia permanece por los siglos de los siglos* (Salmos 111, 9). <sup>5</sup>Y tras la muerte de su padre y de su madre, mientras pensaba lleno de inquietud qué hacer con su hacienda y de qué modo rehuir el mundo, temiendo sobremanera aquella terrible sentencia que dice: *Quien sea amigo de esta vida presente se constituirá en enemigo de Dios* (Santiago 4, 4), vino a su cabeza esa sentencia del evangelio en la que se dice: *Ve y vende todo lo que tienes. Entrégalo a los pobres y ven y sígueme* (Mateo 19, 21; Lucas 18, 22). <sup>6</sup>Entonces, lleno de alegría, como si hubiese descubierto un tesoro, pero temiendo, ante todo, ser tentado por el falaz discurso de la vanagloria, que a menudo destruye la verdadera justicia, mientras distribuía sus bienes, no quería que nadie fuese consciente de ello salvo Dios. <sup>7</sup>Del mismo modo que en otro tiempo el bienaventurado Nicolás distribuyó todos sus bienes en secreto y, convirtiéndose él mismo en un hombre pobre, enriqueció a los pobres con su hacienda (y si bien no me atrevo a comparar a éste con el bienaventurado Nicolás, no temo asemejar un comportamiento a otro), san Lesmes

servía con devoción a todos los necesitados para darles de comer como un padre a sus pequeños, acoger con su hospitalidad a los peregrinos, visitar a los enfermos, vestir a los desnudos y sepultar a los muertos. <sup>8</sup>Confortaba a los cansados, alimentaba a los hambrientos, daba de beber a los sedientos y, en la medida en que le era posible, asistía piadosamente a todo el que sufría. <sup>9</sup>¡Oh soldado digno de alabanza, al que no pueden equipararse los sacerdotes de Cristo! <sup>10</sup>Era generoso en sus dádivas, prudente en sus consejos, distinguido por su absoluta bondad, justo en sus juicios e insigne en su forma de hacer caridad. <sup>11</sup>Amonestaba a los justos con objeto de que progresasen siempre a mejor y a los injustos con objeto de que renunciasen al pecado en favor de la recompensa celestial. <sup>12</sup>Y, así, después de haber distribuido todos sus bienes de esta forma y no haberse guardado nada para sí, sin preocuparse en absoluto del futuro, siguiendo el mandato del Señor y negándose a sí mismo, cargaba con su propia cruz a fin de poder decir junto con el apóstol: *He aquí que hemos renunciado a todo y te hemos seguido* (Mateo 19, 27). <sup>13</sup>Pero, cuando sus parientes advirtieron que repartía toda su hacienda de tal modo que nada se reservaba para sí mismo, lo censuraban, diciendo: « <sup>14</sup>¿Por qué no haces herederos de tus posesiones a tus parientes, esto es, a nosotros y a nuestros hijos, puesto que tú mismo no deseas poseer nada? ». <sup>15</sup>Y él, haciendo honor a la santa prudencia de la que estaba lleno, les respondió: « <sup>16</sup>Es cierto, hermanos, que a nadie dejo mi herencia, pero, dado que es tan exigua que no puedo vivir gracias a ella, me esfuerzo por venderla por otra mayor que me resulte largamente suficiente. <sup>17</sup>Dado que en medio de la desdichada codicia propia de este mundo los padres amasan fortunas para sus hijos y nietos, pese a que dejan graneros llenos, diversos tipos de ricos metales, casas, campos y la cómoda asistencia de sirvientes, como no amasan sus fortunas en el cielo, donde la herrumbre y la polilla nada destruyen ni cavan los ladrones, aunque el Señor así lo ordena, cuando deberían recibir bienes celestiales en lugar de terrenales y beneficios eternos en lugar de pasajeros, como escondieron su dinero en la tierra, se presentarán con las manos vacías y sin nada ante el justo juez que es Cristo. <sup>18</sup>Tras dejar entrar a aquellos cuya lámpara de aceite no se apagó y separar a estos otros, mientras gritan con voces lastimeras, el Señor les dirá: *En verdad os digo: no os conozco* (Mateo 25, 12). <sup>19</sup>¡Desdichado clamor que ojalá nadie que viva de ahora en adelante tenga que oír!

<sup>20</sup>Cualquiera podrá evitarlo por la gracia de Dios, en caso de que busque los gozos futuros antes que los presentes, de que persevere en el amor a Dios y al prójimo, de que se mantenga virtuoso, sobrio y humilde, de que se arrepienta en justicia de los injustos excesos. <sup>21</sup>Dios todopoderoso, merced a su gratuita piedad, nos ha hecho libres de obrar tanto el bien como el mal. <sup>22</sup>Si estuviésemos forzados a actuar en uno u otro sentido, no seríamos libres; pero, puesto que somos libres, podemos servir a Dios o a los demonios. <sup>23</sup>Si servimos a Dios, somos libres, pues servir a Dios es reinar; y si servimos a los demonios, somos pecadores y siervos del pecado, siervos, en consecuencia, no de un único amo, sino de tantos amos como pecados. <sup>24</sup>Es más, aquel que ama las cómodas riquezas del siglo y pone su esperanza en las cosas pasajeras, cuando sea necesario dejar todo esto atrás, ¿cómo podrá permanecer intacta su esperanza? <sup>25</sup>Así pues, no digáis que ningún bien terrenal es vuestro ni reclaméis nada a vuestros padres moribundos en calidad de herederos suyos. <sup>26</sup>Puesto que nada habéis traído a este mundo, cuando os vayáis de él, no podéis llevaros con vosotros nada de lo que constituye la vana ostentación del mundo ». <sup>27</sup>Y, así, san Lesmes, amonestando a sus parientes con estas palabras y otras semejantes, se aplicaba a conducir a su lado por el camino de la justicia a aquellos a los que la aviesa astucia del encarnizado Enemigo no cesaba de perseguir.

[3] <sup>1</sup>Cierto día en que censuraba a un soldado tal y como exigían sus culpas, éste, lleno de un espíritu violento contra el hombre de Dios, contestando a algunos de sus argumentos, le dice: « <sup>2</sup>Tú, que en tu primera infancia fuiste entregado al aprendizaje de las letras por tus padres para servir a Dios y fuiste consagrado a Dios, ahora, pese a que vives en el siglo, abrazando con agrado, por así decirlo, los placeres mundanos, llevado por un espíritu sensual, te atreves a censurar a los demás? <sup>3</sup>¿Qué te queda por hacer sino renunciar a Dios, mostrándote indulgente con tus propios deleites? ». <sup>4</sup>Por su parte, Lesmes, el varón de Dios, en la medida en que era bondadoso y humilde de corazón, siguiendo el ejemplo de nuestro salvador Jesucristo, *que, cuando era maldecido, no maldecía, cuando padecía, no amenazaba* (Pedro I 2, 23), acogiendo de buen ánimo todos estos insultos, le dice: « <sup>5</sup>Hermano, aunque con justicia me censuras en muchos aspectos y te horrorizas de verme implicado en los asuntos del siglo, no obstante, me atrevo a decirte que, a menos que, aceptando los reproches, quieras abandonar el mundo conmigo en esta vida,

has de saber que yo me apresuro a encontrarme con Dios antes que tú ». <sup>6</sup>Dicho esto, el religioso atleta se proponía cumplir la noche siguiente lo que ya hacía tiempo se había propuesto en su devoto espíritu, pero temía que esto pudiese llegar a ser conocido por alguien como resultado del más ligero rumor, pues, si llegaba a darse el caso, podría verse obstaculizado su deseado viaje. <sup>7</sup>Por ello, en mitad de la noche, cuando el sopor acostumbra a apoderarse con más fuerza de los que descasan, sin compartir su secreto con nadie salvo con Dios y un sirviente, partió a escondidas. <sup>8</sup>Y después de haberse alejado a cierta distancia, tras vestirse con los ropajes de su sirviente, pues eran humildes, y entregar a éste los suyos, que eran mejores, lo obligó a regresar, pese a que éste se resistía a ello y se negaba a hacerlo, y se dirigió a continuación a Roma. <sup>9</sup>Y, así, cuando llegó la hora de celebrar el oficio matutino y, tras llamar a él, entre los que acudían al oficio no aparecía el bienaventurado Lesmes, contra lo que era su costumbre, pues solía desgastar las entradas de las iglesias permaneciendo acostado sobre el suelo desnudo a menudo hasta la media noche e incluso, con más frecuencia, durante la noche entera, todos se preguntaban con preocupación dónde podría estar. <sup>10</sup>Después de que hubiese sido buscado sin éxito por todas partes, el sirviente anuncia a su regreso que el varón de Dios, el consuelo de su suelo natal, renunciando a todo, había huido de su tierra. <sup>11</sup>¡Qué aflicción, qué dolor intolerable el de todos, qué llanto inconsolable! <sup>12</sup>Las gentes de ambos sexos y de las diferentes edades se reúnen en un mismo lugar. <sup>13</sup>Y elevando sus voces a los astros y golpeándose el pecho, se lamentan de ser unos desdichados y de haberse quedado huérfanos. <sup>14</sup>Allí habrías visto sumarse a esta desdichada aflicción a los ancianos, acudiendo encorvados y a duras penas, a unos apoyados en sus bastones, a otros sostenidos por los brazos de sus sirvientes, habrías visto gritar a las madres como si hubiesen encendido las hogueras funerarias con ocasión de la muerte de sus hijos. <sup>15</sup>Los jóvenes y las doncellas, abandonando los campos de ejercicios, se mesan los cabellos, se ensucian arrojándose tierra sobre sí mismos e, interrumpiendo sus lamentos con gemidos, se dicen unos a otros que hasta entonces se habían visto confortados por el dulce consuelo y las amables palabras de aquél. « <sup>16</sup>Pero ahora –añaden–, ¿en quién descansará nuestra esperanza? ». ¿Qué necesidad tengo de insistir más en ello? <sup>18</sup>Incluso los animales privados de razón sienten un gran dolor.

<sup>19</sup>A continuación, san Lesmes, que en el pasado había hecho un uso generoso de sus limosnas para con los pobres, convertido en pobre él mismo, acogía dichoso las limosnas de los demás. <sup>20</sup>Y así, aquel que en otro tiempo había dado de comer a los hambrientos, vestido a los desnudos y acogido con hospitalidad a los fatigados, viviendo en la necesidad en ese momento por amor a Dios, camina con sus pies desnudos, no tiene ropa con que vestirse y, permaneciendo en ayunas, nada come. <sup>21</sup>Y cuando, dirigiéndose de ese modo a Roma, pasaba por una villa llamada Isoire, encontró allí a san Roberto, abad de Casa Dei, un varón de absoluta santidad <sup>8</sup>. <sup>22</sup>Cuando éste conoció al hombre de Dios, lo exhortó a que, posponiendo su peregrinación, permaneciese a su lado en el retiro de Casa Dei. <sup>23</sup>Lesmes no aceptó en ese momento, pero prometió que regresaría y tomaría el hábito monástico, una vez que hubiese cumplido el voto que había hecho, esto es, visitar los santos lugares de los apóstoles Pedro y Pablo para orar en ellos. <sup>24</sup>Y así, tras intercambiar besos llenos de afecto, un santo se separó de otro santo de cuerpo, pero no de espíritu, y el uno se encomendó a las oraciones del otro. <sup>25</sup>Lesmes, siguiendo el camino emprendido, mortificaba su cuerpo con una increíble abstinencia, se entregaba a la oración incluso cuando caminaba, andaba con las plantas de los pies desnudas, ayunaba a menudo durante tres días, salvo que se presentase alguna festividad de los santos digna de ser celebrada, y acostumbraba ayunar en todas las vigili­as de los santos, pero, si la vigilia caía en domingo, ayunaba el sábado antes del domingo. <sup>26</sup>Consideraba ilícito llevar dinero consigo durante la peregrinación con objeto de observar el mandato del Señor en el que se prescribe: *No llevéis bolsa ni alforja, ni tengáis sandalias en los pies* (Lucas 10, 4). <sup>27</sup>Cierto día un varón le ofreció una moneda a modo de limosna, pero él rehusó aceptarla, diciendo: «<sup>28</sup>Este dinero no me es necesario. <sup>29</sup>Pero te doy las gracias, pues te dignas apiadarte de mí. <sup>30</sup>Cuando mi maestro, el apóstol Pedro, quiso bondadosamente socorrer a un pobre, negó que tuviese oro o plata, diciendo: *No tengo ni oro ni plata, pero lo que tengo, te lo doy* (Hechos 3, 6). <sup>31</sup>De ello se deduce que quienes poseen bienes terrenales no tienen el poder de

8 Roberto de Turlande († 1067), el fundador de la abadía de la Chaise-Dieu en el año 1043, vide GAUSSIN, *L'abbaye de la Chaise-Dieu o. c.*, 92-117, e *Id.*, *Saint Robert de Turlande, fondateur de la Chaise-Dieu*, Paris, 1964; A. DEGL'INNOCENTI, *Marbodo di Rennes: Vita beati Roberti*, Firenze (Giunti) 1995, xxiv-xxv.

la virtud del Espíritu Santo, según está escrito: *No podéis servir a Dios y al dinero* (Mateo 6, 24) ». <sup>32</sup>Combatiendo el buen combate junto con el apóstol Pablo y deseando completar su deseado combate, se dirigió a Roma, donde, tras completar su devotísima oración, peregrinó durante dos años como un pobre más entre los pobres de Cristo. <sup>33</sup>A continuación, una vez completado su voto de peregrinar y orar, recordando perfectamente la promesa que había hecho al santo varón de Dios Roberto, consistente en regresar junto a él y permanecer a su lado, con objeto de no parecer digno de censura en modo alguno, tal y como había prometido, regresó, sabedor de que es preferible no prometer nada antes que no cumplir lo prometido. <sup>34</sup>Cuando san Roberto lo vio, al principio, como éste había mortificado su carne por todos los medios, apenas lo reconoció. <sup>35</sup>Pero, tras reconocerlo finalmente, dando gracias a Dios y acogiéndolo de manera honrosa entre repetidos besos y repetidos abrazos, le dice con dulces palabras: « <sup>36</sup>Fatigando hasta ahora tu cuerpo, queridísimo hermano, a lo largo de tantas y tan extensas regiones de las tierras y entregándote a los abrasadores suplicios de todo tipo de tormentos en busca del martirio, aunque te ha faltado la vara o la espada del lictor, no obstante, no has de alegrarte en menor medida de haber alcanzado la palma del martirio. <sup>37</sup>Ahora ya comienza a servir a Dios en un retiro al servicio de Dios como un confesor más entre los confesores con objeto de alcanzar así tanto lo uno como lo otro <sup>9</sup>. <sup>38</sup>Sé que una verdadera peregrinación es digna de alabanza, sé también que la vida eremítica es digna de ser anhelada con un pecho sediento de ella, pero antepongo la vida monástica a todo ello, pues tanto quienes se encierran en las estrechas paredes de una pequeña habitación, tan reducida que uno no puede estar en ella ni de pie ni tumbado, como quienes se entierran en las galerías subterráneas de las tierras o quienes ascienden a peñascos inaccesibles a los demás para vivir en ellos, ciertamente, en todo ello, en lo que obran con rectitud, siguen su propia voluntad, en la medida en que se lo permiten sus posibilidades, pese a que el Señor dice: *Alejaos de los deseos de vuestra voluntad* (Eclesiástico 18, 30). <sup>39</sup>Por el contrario, quienes desean seguir la vida de los monjes entregados a una regla y por su amor a Dios quieren someterse a los demás, diciendo con el salmista: *Pusiste a los hombres sobre nuestras cabezas*

9 Es decir, la categoría de mártir y de confesor.

(Salmos 65, 12), no hacen su propia voluntad, que han abandonado con gusto a cambio de la recompensa del reino de los cielos ». <sup>40</sup>Cuando así se hubo expresado el santo, el héroe respondió al santo lo siguiente: « <sup>41</sup>Padre santísimo y digno de Dios, aunque mi voluntad me incita a hacer muchas cosas, creo que cualquier cosa que me ordenes será honrosa y no deseo diferir por más tiempo lo que te había prometido ». <sup>42</sup>Entonces, luego de que san Roberto, mostrando en su rostro y en su espíritu la alegría que le era propia, dispusiese unos ropajes sagrados que caían hasta los talones del hombre de Dios, éste, aceptándolos de buen grado y dándole las gracias, cambió su bienaventurada vida para mejor a fin de ver al Dios de los dioses en Sión, ascendiendo de virtud en virtud, y llevó en lo sucesivo una vida aún más bienaventurada, vistiendo el hábito de la santa religión.

<sup>43</sup>Los milagros que Dios obró en el pasado a través de él no los hemos narrado porque no los vimos en persona y hemos temido creer a otras gentes, por más que refieran de él hechos asombrosos. <sup>44</sup>Además, él mismo no quería que fuesen conocidas todas aquellas cosas que de él se nos ocultaban. <sup>45</sup>Así pues, de aquello que vimos nosotros mismos o vieron nuestros compatriotas, así como de aquello que hemos llegado a conocer de unas personas tales que es ilícito no concederles fe, pero únicamente de ello y no de todo lo demás (pues, si todo lo abarcase, asumiría una tarea inmensa y provocaría el hastío del lector y del escritor), de ello, repito, pasemos a ocuparnos con la ayuda de Dios.

### [III] Comienza el relato de los milagros de Lesmes.

[4] <sup>1</sup>Cuando el venerable varón vistió el hábito de la religión, tanto creció en él una devoción llena de santidad que, si bien en ese terreno era aún un inexperto principiante, su modesta templanza aventajaba a varones bien probados y de fuerte espíritu religioso. <sup>2</sup>Y como el siervo de Dios estaba lleno de un santo pudor, le fueron confiados los jóvenes de menor edad y los más niños para su custodia. <sup>3</sup>Y él, por su parte, hasta tal punto ejercía la custodia ya no sólo de los niños, sino también de los mayores, que, mientras cuidaba de que nadie les causase daño alguno, alejaba con sus oraciones incluso al Enemigo para que en nada los perjudicase. <sup>4</sup>No echaba a perder ni un solo instante, pues consagraba los días

a leer las Sagradas Escrituras y a discutir de los asuntos divinos, y las noches, a orar asiduamente. <sup>5</sup>Mientras recitaba los salmos y las Sagradas Escrituras en la iglesia, mostraba tanta devoción y sentimiento, elevando sus ojos a lo alto, que creerías que hablaba en persona con alguien digno de reverencia. <sup>6</sup>Y cuando, por una circunstancia cualquiera, mencionaba a Dios o al Señor o se servía de una expresión semejante, pedía perdón de rodillas o, bajando la cabeza, se inclinaba humildemente. <sup>7</sup>Cierto joven consumido por la fiebre acudió junto a él para solicitar su consejo, comunicándole qué sufrimientos padecía a causa de la disentería. <sup>8</sup>Él, por su parte, invocando el nombre de Cristo y levantando la mano, hizo la señal de la cruz sobre ese hombre y de inmediato, tras desaparecer la fiebre, éste quedó curado.

<sup>9</sup>Muchos otros portentos dejó a un lado, pues mucho me apresuro. <sup>10</sup>Cuando Dios quiso dar a conocer a su siervo al mundo como un ejemplo de vida virtuosa y conducta celestial, pues *una ciudad situada sobre un monte no puede permanecer oculta* (Mateo 5, 14) y una luz encendida no debe ponerse *bajo un celemín, sino sobre un candelabro a fin de que quienes entran vean la luz* (Lucas 11, 33), por voluntad de Dios san Lesmes fue enviado por su abad a cierta casa subsidiaria de nombre Bulhon, en la que por intermedio de él Dios todopoderoso se dignó obrar frecuentes milagros. <sup>11</sup>En efecto, cierto varón de Montgascon, pues así era llamada esa villa por sus habitantes, cocinero de un hombre poderoso, despedido por padecer el penoso mal de la lepra y apartado, además, de su propia comunidad, prefiriendo sufrir las penalidades de semejante enfermedad en una región extranjera para no llegar a ser despreciado incluso por los suyos, antes de abandonar su tierra natal por otra, acudió ante el varón de Dios y le contó entre lágrimas y lleno de aflicción las causas de su desdicha. <sup>12</sup>El varón de Dios lo consoló con dulces palabras y le reprochó que se lamentase por un don de Dios, diciéndole: « <sup>13</sup>*Ciertamente, Dios castiga a todo aquel hijo suyo al que acoge a su lado* (Hebreos 12, 6). <sup>14</sup>Y también dijo Dios al apóstol: *Te basta mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la enfermedad* (Corintios II 12, 9). <sup>15</sup>Con todo, si en justicia te arrepintieses de las injusticias que has cometido, Dios tiene el poder no sólo de curar la lepra, sino también de perdonar las culpas de los crímenes, pues María, la hermana de Aarón, a quien los sacerdotes habían ordenado permanecer fuera del campamento de los hijos de Israel, una

vez que se arrepintió en justicia, merced a las oraciones de su hermano Moisés, tras verse libre de las pústulas de la lepra, recuperó su antigua salud después de un espacio de siete días <sup>10</sup>. <sup>16</sup>Ezequías, por su parte, al conocer el momento en que terminaría su vida, lloró con tanta humildad que los años de sus días se prolongaron en quince más <sup>11</sup>. <sup>17</sup>¿Y qué puedo decir de la ceguera de Tobías, que Dios restauró en visión <sup>12</sup>? <sup>18</sup>Y del mismo modo Naamán el sirio fue curado de la lepra por Eliseo <sup>13</sup> ». <sup>19</sup>Confortando al desdichado con estas palabras y otras semejantes y rociándolo con agua bendita, le entregó un pan bendecido, prescribiéndole que durante siete días comiese un poco de él antes de tomar cualquier otro alimento. <sup>20</sup>Éste, a continuación, regresó a su hogar para saludar por última vez a los suyos y partir, así, al exilio. <sup>21</sup>Y cuando, llorando y gimiendo, llegó en solitario a cierto río de nombre Allier, pues iba muy por delante de sus compañeros de viaje, y vio en medio de la corriente, en lo más profundo de la noche, un torbellino de agua que giraba como una rueda, dice: « <sup>22</sup>Dios mío, por la fe de tu fiel servidor Lesmes, te suplico poder poner fin ahora con mi muerte al oprobio que ha sido toda mi vida ». <sup>23</sup>Dicho esto, tras pronunciar el nombre de Cristo, se precipitó con los ojos cerrados allí donde vio que el curso del río era más turbulento. <sup>24</sup>Pero, cuando un abismo de una gran profundidad comenzó a devorarlo mientras dejaba escapar un gran número de suspiros, acordándose del hombre de Dios, dice: « <sup>25</sup>San Lesmes, si, verdaderamente, eres un servidor de Dios, no dejes de socorrerme ahora que me debato en medio de un peligro de muerte y que desespero de conservar toda la vida de mi cuerpo ». <sup>26</sup>De inmediato acudieron en su ayuda dos varones, uno de los cuales era san Lesmes, quien, cuando ya aquél estaba casi completamente sumergido, extendió hacia él su mano y lo llevó de vuelta a la superficie. <sup>27</sup>Pero, cuando aquél alcanzó a tocar de nuevo la orilla del río, no encontró al varón de Dios, por más que lo buscó. <sup>28</sup>Acordándose entonces de nuevo de su vergonzosa enfermedad y deseando terminar con su vida, se arrojó de nuevo a la corriente para ser absorbido por ella, sin embargo, expresándose en los mismos términos que antes, dice: « <sup>29</sup>Precioso siervo de Dios, dignate

10 El episodio se lee en el libro de los Números 12, 1-15.

11 El episodio es recogido en el libro IV de los Reyes 20, 1-6.

12 El episodio en el libro de Tobías 11, 7-15.

13 El episodio se encuentra en el libro IV de los Reyes 5, 1-14.

apiadarte de un desdichado como yo que se encuentra en peligro de muerte ». <sup>30</sup>Una vez más, el siervo de Dios se presentó allí y, tras sacarlo del abismo, lo llevó de regreso sano y salvo a la ribera del río. <sup>31</sup>Llegando entonces junto a él los compañeros de viaje a los que había adelantado, primero sintieron horror ante un hombre como él por haberse atrevido a cometer semejantes actos, pero después, tras haberlo censurado con todo tipo de reproches, lo condujeron consigo de vuelta al hogar, manteniéndolo bajo vigilancia. <sup>32</sup>Él, por su parte, refirió con detalle a sus compañeros de viaje todo lo que había hecho y cómo el siervo de Dios lo había salvado de un peligro de muerte. <sup>33</sup>Y ellos, creyendo a duras penas el milagroso suceso, glorificaron a Dios en todas sus obras. <sup>34</sup>Aquél, además, del mismo modo que había sido librado de un peligro de muerte, así también se vio curado de inmediato del mal de la lepra.

[5] <sup>1</sup>Acudían ante él gentes procedentes de todas las regiones cercanas, y, al acudir, le rogaban, y, al rogarle, conseguían sus propósitos, y, al conseguirlos, recibían la curación de todo tipo de afecciones. <sup>2</sup>Cuando cierto campesino dormía en su prado sobre el heno con la boca abierta, sucedió que una serpiente se introdujo en su interior. <sup>3</sup>Pero, tras ser conducido por sus parientes junto al hombre de Dios, tan pronto como bebió un poco de agua bendecida por aquél, expulsó la serpiente ante los pies de los presentes junto con un esputo de sangre.

<sup>4</sup>A cierta mujer que amamantaba a un niño se le inflamaron tanto los pechos que todo su pecho había adquirido un color lívido y estaba ulcerado, y nada de lo que había gastado en médicos le había producido alivio alguno. <sup>5</sup>Y, así, luego de regresar a su hogar tras estar con los médicos, desesperaba de encontrar una cura para su cuerpo en un futuro. <sup>6</sup>Cuando, conducida ante san Lesmes por los suyos, éste la vio, movido por la misericordia, como era propio de un hombre que, como él, estaba lleno de piedad en su interior, primero, poniéndose de rodillas, como era su costumbre, oró por ella y, después, sin dejar de rezar, arrojó sobre ella agua bendita mezclada con vino y la bendijo, tocándola con su propia mano. <sup>7</sup>Y no digo al cabo de unos días u horas, antes bien, lo que es más admirable, desde ese mismo instante se restableció de tal modo que no parecía que hubiese estado antes enferma en absoluto.

<sup>8</sup>Había cierto niño en la región de Auvèrnia mudo desde su nacimiento a quien sus padres condujeron ante el varón de Dios, suplicando a éste con voces afligidas su asistencia en favor de su hijo. <sup>9</sup>Llevándose al niño aparte, oró por él, solicitando la misericordia de Dios, hizo tres tortas con agua que él mismo había bendecido y las entregó al crío para que las comiese. <sup>10</sup>Después de que éste hubiese comido la primera, el varón del Señor, seguro del milagro de Dios, con objeto de comprobar si aquél había recibido ya la curación milagrosa, dice al pequeño: « <sup>11</sup>Di que Dios sea bendecido en la Tierra así como es bendecido en el cielo ». <sup>12</sup>Entonces el pequeño, abriendo por primera vez su boca para hablar, repitió en los mismos términos las palabras que aquél había pronunciado el primero. <sup>13</sup>Y, en efecto, al dirigirse aquél al niño tras la ingestión de cada una de las tortas, el niño siempre le respondió lo mismo. <sup>14</sup>Entonces lo devolvió ya curado a sus padres, a los que dio la siguiente orden: « <sup>15</sup>Procurad no contar esto a nadie y no paséis por la villa, no vaya a ser que alguien lo vea ». <sup>16</sup>Pero éstos, algún tiempo después de haberse alejado de su vista, se dicen: « <sup>17</sup>No debemos ocultar el milagro de Dios, sino darlo a conocer en todo momento para que sea glorificado ». <sup>18</sup>Y, dicho esto, regresaron atravesando la villa, proclamando por las plazas lo que habían visto hacer al siervo de Dios y habían oído de sus labios, imitando con ello el ejemplo de aquellos que condujeron ante Jesús a un sordomudo: una vez que éste fue curado gracias a la medicina del Señor, Dios *les ordenó que no lo contasen a nadie, pero, cuanto más se lo ordenaba, tanto más lo daban ellos a conocer y mayor admiración sentían por lo ocurrido, diciendo: 'Ha obrado todo tipo de beneficios, ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos'* (Mateo 7, 36-37).

[6] <sup>1</sup>Como tan gran varón resplandecía como una lámpara fulgentísima con el brillo de una estrella, pero aún no había recibido las órdenes de ningún grado eclesiástico, pues siempre se había considerado indigno de algo semejante, ante la insistencia de su abad, que incluso llegó a ejercer algo de violencia, a fin de que él, que ya era digno de Dios, fuese aún más digno de Él, recibió el honor del diaconado. <sup>2</sup>Sin embargo, se conoció de inmediato que el obispo que lo había ordenado, debido a que era un simoníaco, había sido suspendido de sus funciones por el pontífice romano, pues ciertos testigos lo acusaban de ello con justicia, según se cree. <sup>3</sup>A causa de ello, Lesmés, el varón de Dios, rehusó desempeñar el

ministerio que había recibido. <sup>4</sup>Y cuando otro prelado sucedió dignamente a aquel otro, fallecido de forma justa, el siervo de Dios, con objeto, naturalmente, de rehabilitar el grado que había recibido y asumir otros nuevos, se dirigió por la noche a la ciudad de Clermont, pues durante el día no podía hacer frente al gran número de personas que acudían junto a él.

[7] <sup>1</sup>Voy a contar un suceso extraordinario, y, sin embargo, verdadero. <sup>2</sup>Cuando se dirigía hacia la citada ciudad, el frío del invierno y el horrísono soplo del Bóreas azotaban el mundo con todas sus fuerzas, pero el siervo de Dios ordenó a uno de sus servidores llevar frente a él durante toda la noche una pequeña lámpara encendida que ninguna ráfaga de viento pudo apagar. <sup>3</sup>Tan pronto como se supo que el hombre de Dios, el modelo de todas las virtudes, había llegado a la ciudad, gentes de uno y otro sexo venidas desde diversas regiones deseaban saciar sus sedientos oídos con las dulces palabras que surgían de la boca de aquél. <sup>4</sup>Acudiendo entre ellos cierto clérigo con el ánimo de burlarse más que de escuchar, instigado por un espíritu maligno, comenzó a exhortar a los presentes a que no creyesen a un hombre insensato y mendaz. <sup>5</sup>Y cuando unos pocos días después el siervo de Dios acababa de regresar a su monasterio, al punto se le anunció que se había presentado ante las puertas de éste el citado clérigo con el deseo de hablar con él. <sup>6</sup>Dispuso, entonces, que éste fuese hecho llevar a su presencia. <sup>7</sup>Cuando éste compareció ante él, tenía una apariencia tan desdichada, pues su aspecto había cambiado por completo debido a que todo su cuerpo se había visto afectado por la podagra, que no pudo ser reconocido ni siquiera por aquellos que antes lo habían tratado. <sup>8</sup>Se arroja entonces a los pies del hombre de Dios y le confiesa que es un miserable, una persona llena de culpa, y que ha pecado malvadamente contra él, diciéndole: « <sup>9</sup>Debido, mi buen señor, a que hace tres días desprecié neciamente tu santa predicación, a la mañana siguiente me desperté tal y como me ves ». <sup>10</sup>Y el santo le dice: « <sup>11</sup>¡Ojalá Dios te sea propicio, hermano, y se compadezca de tu mal, pues, ciertamente, esas palabras no eran mías, sino de aquel que prescribió a sus apóstoles ir por todo el mundo y predicar el evangelio: *Y ellos, partiendo, predicaron por todas partes con la ayuda del Señor, que confirmaba sus palabras con los portentos que las acompañaban* (Marcos 16, 20)! <sup>12</sup>Y lo que prescribió a aquéllos, no deja de prescribirnoslo a nosotros a diario, tal y como está escrito: *Lo que os*

*digo a vosotros, lo digo a todos* (Marcos 13, 37). <sup>13</sup>Yo, aunque soy un pecador, con todo, soy un ministro y un predicador de Cristo y de los apóstoles. <sup>14</sup>El propio Cristo dice: *Quien os escucha, me escucha también a mí* (Lucas 10, 16). <sup>15</sup>Y en otro pasaje añade: *Quien recibe a un justo en atención a que es justo, recibirá la recompensa del justo* (Mateo 10, 41). <sup>16</sup>No dice que ha de recibir la recompensa que recibirá el justo, sino que recibirá la recompensa merecida gracias al justo a quien ha prestado su ayuda. <sup>17</sup>Quien desprecia al siervo, desprecia, asimismo, al señor a quien aquél sirve ». <sup>18</sup>¿Qué necesidad hay de extenderse? <sup>19</sup>El clérigo llegó allí un día y, como se arrepintió de haber cometido una terrible equivocación, al día siguiente regresó a su hogar sano en todo su cuerpo. <sup>20</sup>En cuanto a los enfermos de fiebres, limitémonos a decir brevemente que nadie nunca aquejado por la fiebre, después de haber comido algo bendecido por la mano de aquél, la enfermedad se retiró de él <sup>14</sup>. <sup>21</sup>Además, en muchas ocasiones la sustancia del agua se convirtió en vino en sus manos.

[8] <sup>1</sup>Además, por esa misma época la Iglesia de Auvernia permanecía sin pastor, pues, luego de que uno hubiese sido suspendido de sus funciones como consecuencia de sus faltas, según hemos dicho más arriba, los clérigos de la citada Iglesia buscaban con solicitud y diligencia a otro. <sup>2</sup>Y como entre los suyos no encontraban a nadie digno de tal ministerio, eligieron a Durand, de santo recuerdo, que por entonces era abad de Casa Dei <sup>15</sup>. <sup>3</sup>Sin embargo, dado que no ignoraban que, si aquél se enteraba de ello con antelación, se escondería o bien huiría a algún lugar desde el que ya no podrían tenerlo con ellos, tomaron entre ellos la siguiente decisión: lo llamarían para su elección, pero, al llamarlo, se lo llevarían a la fuerza y, tras llevárselo a la fuerza, lo ordenarían obispo aun en el caso de que tuviesen que hacerlo contra su voluntad, todo lo cual así se hizo de principio a fin. <sup>4</sup>Y, así, entonces una Iglesia recibió un pastor, mientras que otra quedó huérfana de su pastor. <sup>5</sup>Entonces los hermanos de Casa Dei, llorando, lamentándose y quejándose con insistencia de que su padre les había sido arrebatado de forma fraudulenta, sabedores, además, de que ese daño era irremediable,

<sup>14</sup> Mantengo el anacoluto que existe en el texto latino original. Se esperaría: «dejó de verse libre de su enfermedad».

<sup>15</sup> Fue abad de la Chaise-Dieu entre 1067 y 1077 y, a continuación, obispo de Clermont-Ferrand, dignidad que desempeñó hasta su muerte en el año 1095, *vide* GAUSSIN, *L'abbaye de la Chaise-Dieu o. c.*, 120-126; y POITRINEAU, *Le diocèse de Clermont o. c.*, 286.

comienzan a buscar con solicitud otro padre. <sup>6</sup>Se reúnen los miembros más distinguidos de toda la comunidad, son convocados los obispos de otras regiones y se encomienda a estas personas elegidas la decisión que debe tomarse. <sup>7</sup>Unos insisten en que los elegibles deben ser los varones de más edad, otros, que deben ser los de mayor reputación, otros, que deben serlo los distinguidos por su sabiduría, y otros, en fin, aquellos ilustres por su alcurnia. <sup>8</sup>Sin embargo, los que poseen un juicio más sensato proponen que sea puesto al frente de la comunidad el más santo. <sup>9</sup>Prevaleciendo, finalmente, el juicio de éstos y tras examinar, sin duda, a muchos candidatos, por voluntad de Dios, no de los hombres, la decisión recae sobre san Lesmes. <sup>10</sup>Pero éste, negándose y rechazando con lágrimas su elección, afirma que es indigno e incapaz de asumir semejante responsabilidad y, a menos que desistan de solicitarle algo semejante, amenaza entre juramentos con huir a algún lugar que no llegue a ser conocido de ellos o incluso darse muerte en presencia de toda la asamblea. <sup>11</sup>¿Qué necesidad hay de extenderse en todo ello? <sup>12</sup>Es obligado, es compelido a aceptar, es puesto a la fuerza al frente de los demás en calidad de abad. <sup>13</sup>Pero en qué medida dio su consentimiento bajo coacción a quienes así lo forzaron, lo probó a continuación su comportamiento. <sup>14</sup>En efecto, durante todo el tiempo que ejerció la dignidad de abad, no quiso que nadie nunca le manifestase la deferencia debida a su dignidad. <sup>15</sup>En cualquier caso, después de conocer la unanimidad que existía entre todo el clero y el pueblo, como había oído decir al apóstol: *Todo poder procede de Dios, nuestro Señor* (Romanos 13, 1), no deseó oponerse a la voluntad de Dios, pero se implicó de tal modo en los asuntos humanos que, en la medida en que le fue posible, no renunció en ningún momento a la vida espiritual. <sup>16</sup>Se observó en él la misma sencillez, la misma mansedumbre, el mismo carácter y la misma continencia que antes. <sup>17</sup>Todo aquel que, sin haberlo conocido en el pasado, quería distinguirlo entre los restantes hermanos, allí donde encontraba al monje más humilde y vestido con unos ropajes más modestos, a nadie cabía duda de que ése era, precisamente, él <sup>16</sup>. <sup>18</sup>No llevaba consigo dinero alguno, al contrario, cuanto alcanzaba a poseer lo repartía entre los pobres, siguiendo en ello el precepto de las Escrituras, que dicen así: *Que en esta vida vuestros beneficios socorran la necesidad de éstos a fin de que los beneficios de que éstos son objeto acudan en ayuda*

16 Nuevo anacoluto en el original latino.

*de vuestra necesidad* (Corintios II 8, 14). <sup>19</sup>Como él mismo no era un hombre especialmente ilustrado, salvo en la medida en que se expresaba instruido por el Espíritu Santo, siempre anhelaba escuchar las palabras divinas de otros hombres más sabios a fin de nutrir su buena conciencia con las palabras del Señor y tener con lo que ofrecer a los demás bebidas espirituales llenas de ejemplos diversos, tal y como dice el profeta Jeremías: *Aprende dónde está la sabiduría, dónde está la virtud y dónde está la prudencia a fin de que sepas, al mismo tiempo, dónde están la longevidad y el alimento de la vida, dónde están la luz de los ojos y la paz* (Baruch 3, 14). <sup>20</sup>Cuando, como corresponde a un padre, visitaba las casas subsidiarias con objeto de conocer más de cerca las costumbres de los hermanos, viéndolas en persona, y aprobar, así, las buenas y corregir las inadecuadas, lleno del Espíritu Santo, a quien nada puede pasar nunca desapercibido, a menudo advertía los pensamientos ilícitos conocidos únicamente del alma, y no me refiero sólo a los de los hermanos, sino también a los de los demás hombres, cuando éstos se ensoberbecían debido a la arrogancia del pecado o, cubiertos por la ceniza de la ignorancia, se deleitaban en ello a diario, y, al advertirlos, censuraba al pecador con tanta sutileza a fin de que no se avergonzase que éste, a continuación, no temiendo ya confesar la culpa de su falta, la revelaba con humildad al santo varón y vivía en lo sucesivo de un modo más piadoso, temiendo tanto que su culpa se diese a conocer públicamente, como que Dios se sintiese ofendido. <sup>21</sup>No cesaba de orar, además, predicaba a diario y nadie que lo consultase a propósito de una enfermedad o alguna otra preocupación se despedía de él sin haber recibido un buen consejo. <sup>22</sup>¡Qué hombre incomparable, que, merced a sus admirables milagros, era tenido no tanto por un hombre, como por un ángel en la Tierra, enviado en ayuda de los hombres! <sup>23</sup>Contaba con la obediencia de cuantos quería, pues quienes se apartaban de su lado, aun mínimamente, sufrían el castigo de Dios. <sup>24</sup>En efecto, solicitó una limosna de cierto soldado, pero éste mostró de malas maneras todo su desprecio a quien con bondad le suplicaba, es más, lanzó sobre el hombre de Dios palabras llenas de blasfemia, de hiel y de iracundia, que éste acogió de buen grado y con mansedumbre. <sup>25</sup>Pero, durante la noche siguiente, según he podido conocer por nuestro querido hermano Esteban <sup>17</sup>, que por

17 Probablemente, el abad Esteban del monasterio de San Juan de Burgos (1097-1103), *vide* E. ZARAGOZA PASCUAL, "Abadologio del Monasterio de San Juan Bautista de Bur-

entonces tenía una estrecha relación con él, el soldado fue víctima de terribles dolores y no pudo curarse hasta que se arrepintió con humildad ante el siervo de Dios de todo el mal que había cometido contra él por soberbia y le concedió, además, por su propia iniciativa lo que antes le había negado.

[9] <sup>1</sup>Viendo finalmente el venerable varón que era más santo regresar de la vida activa a la contemplativa que de la contemplativa a la activa, sintió un gran temor ante la carga que se le había impuesto, en la medida en que él, que antes estaba consagrado sólo a Dios, ahora debía ocuparse también de los asuntos del siglo, y comenzó a meditar el modo en que, sin ofender a Dios, podría renunciar a tan gran carga con objeto de consagrarse de nuevo con mayor libertad a Dios. <sup>2</sup>Convocó, entonces, a una reunión a los hermanos a quienes se había encomendado el cuidado del monasterio después de él y les reveló la decisión a la que venía dando vueltas en su interior de manera cuidadosa, diciéndoles: « <sup>3</sup>Queridísimos hermanos, es de sobra conocido por vosotros que mi debilidad es tanta que, contra lo que el apóstol prescribió, no puedo cumplir con mi deber, y si en algún momento se nos presenta la circunstancia de ser convocados a unos concilios, o a un sínodo o a una obligación de este tipo al mismo tiempo que los abades y prelados de las restantes iglesias, no puedo excusarme ante vosotros por no asistir forzado por mi delicado estado. <sup>4</sup>Por ello, es necesario que elijáis a otra persona en mi lugar, alguien que ejerza dignamente la primacía conforme a las más altas exigencias de dignidad y sabiduría ». <sup>5</sup>Los hermanos, movidos por la compasión, le responden del modo siguiente: « <sup>6</sup>Padre, cuando te refieres a tu debilidad o, lo que nos parece más cierto, cuando presentas esta excusa, muestras una actitud como de enfado hacia nosotros, como si no quisiésemos soportar tu carga, por más que ésta sea pesada, en caso de que así nos lo ordenases, pues estamos dispuestos a cumplir tus mandatos en cualquier circunstancia, tal y como dicen las Escrituras: *Obedeced a vuestros superiores* (Hebreos 13, 17). <sup>7</sup>Por lo tanto, desiste, por favor, de semejante obstinación y no quieras que la grey que te ha sido confiada desde el cielo quede huérfana. <sup>8</sup>Vemos –dicen– que otros santos padres, aunque su vida está en los cielos al lado del

---

gos (siglos XI-XIX)”, en S. LÓPEZ SANTIDRIÁN (ed.), *San Lesmes en su tiempo o. c.*, 345-383: 350 (nº 2).

apóstol, no quisieron renunciar al cuidado de sus discípulos, y, por otro lado, no nos atrevemos a juzgar conforme a los cánones que, mientras su pastor está vivo, una iglesia elija a otro ». <sup>9</sup>A esto así respondió san Lesmes: « <sup>10</sup>Sé que sería verdad lo que decís, si no dejase en mi lugar a otro rector mejor que yo. <sup>11</sup>Mas, puesto que he encontrado a otro más digno de semejante ministerio, debéis haceros ya a la idea de que no voy a seguir viviendo de manera negligente como hasta ahora, entregado a semejante tarea ». <sup>12</sup>Y, conociendo a sus hermanos, él mismo alabó a uno de ellos que era especialmente santo entre los santos <sup>18</sup>, mientras los demás, puesto que no podían obligarlo por la fuerza, se muestran de acuerdo en seguir a un digno abad de santo recuerdo. <sup>13</sup>A éste dice así: « <sup>14</sup>Hoy, bienaventurado padre, en presencia de los hermanos de toda la comunidad, y teniendo a Dios por testigo, te entrego por mi propia voluntad la vara del cuidado pastoral que hasta ahora me había sido confiada. <sup>15</sup>Mira a ver qué comportamiento tienes como responsable de ella, pues darás cuentas a Dios en el día del Juicio ». <sup>16</sup>Y aquel hombre religioso, tal y como lo forzaban a ello quienes estaban presentes, asumió entre lágrimas la carga del otro. <sup>17</sup>Por su parte, Lesmes, el varón de Dios, al verse liberado de tan gran responsabilidad, se apresuró a empuñar las armas de su antigua costumbre, esto es, la oración, cumpliendo con ello su gozoso deseo, según se lo concedió nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

#### [IV] Comienza el libro segundo.

[10] <sup>1</sup>Mucho me insistes, bendito hermano Esteban, en que, una vez terminado el primer libro sobre la vida y los milagros de san Lesmes, comience otro de inmediato, y puesto que me eres tan querido que no puedo negarte nada, ejerces cierta presión para forzarme a ello y no aceptas ninguna excusa por mi parte. <sup>2</sup>Ya te informé en el pasado de las limitaciones de mi inteligencia, lo que tú, sonriendo, tomas como una falsa excusa. <sup>3</sup>Pero, ahora, mis motivos son tan manifiestos que, mientras todos mis miembros sufren por efecto de la fiebre y mis pulmones arden, sólo mi lengua palpita un poco, y, aun así, no sólo me ruegas, sino que incluso me pones

18 Seguín d'Escotay (1078-1094), *vide* GAUSSIN, *L'abbaye de la Chaise-Dieu o. c.*, 128-139.

delante un punzón para que me ponga a trabajar, comenzando tú mismo a trabajar un poco con toda la intención para incitarme y animarme, así, al trabajo, asegurándome que, merced a los milagros de tu santo, vas a hacer salir de mí, junto con las palabras, también la fiebre. <sup>4</sup>Y, cuando me ves respirar un poco mejor, aparentando alegría, te regocijas, aplaudiendo con las manos, de que está actuando la virtud del hombre de Dios, y entonces tú y yo al mismo tiempo, cada uno en la medida de sus capacidades, yo dictando, tú recitando, alabamos al santo. <sup>5</sup>Es de todo punto sorprendente que aquellos que vienen de Francia refieran, a propósito de aquél, unos milagros muy diferentes de los tuyos, milagros que o bien has preferido omitir por no haberlos visto tú mismo, o bien, dado que son sumamente extraordinarios, renuncias a contarlos, como si no los conocieses, con objeto de no dar a conocer nada que no sea verdad. <sup>6</sup>Ante estas palabras, mi querido Esteban, un poco conmovido, me dice: « <sup>7</sup>Dejemos de lado por ahora todo aquello que ignoro sobre aquél o que temo creer a otros, cuando lo cuentan, no obstante, si refiriese de principio a fin simplemente aquello que yo mismo vi o que llegué a conocer sobre él sin la menor duda mientras estaba a su lado, hasta tal punto te abrumaría en tu labor de escritor y me sentiría yo mismo abrumado en mi labor de narrador que, vencidos por la magnitud de semejante empresa, sucumbiríamos a un esfuerzo excesivo, sobre todo, cuando te fatigas con tanta facilidad que continuamente andas buscando diversos pretextos para posponer el trabajo. <sup>8</sup>Por esa razón, con objeto de evitar tu fatiga y mirar por tu debilidad, que es evidente para todos, me propongo relatar únicamente aquello que sea de utilidad y bien conocido por mí, omitiendo todo lo demás, pues, como se ha escrito en el primer libro, si quisiésemos abarcarlo todo, antes nos faltaría el tiempo que el material con el que trabajar. <sup>9</sup>¿Qué tiene de sorprendente, en efecto, que el siervo de Dios, estando presente, socorriese a quienes padecían algún mal, cuando, tal y como te cuentan los galos a los que preguntas lleno de curiosidad, dondequiera que era invocado piadosamente, se encontraba presente pese a estar ausente y, por medio de un pan bendecido por él o de cualquier otra sustancia, se producían ilustres milagros allí donde esto era enviado?». »

[11] <sup>1</sup>Pues bien, hubo cierta reina en Inglaterra, una mujer religiosísima <sup>19</sup>, que, al tener noticia de la reputación del hombre de Dios y de los milagros obrados por él, cuya fama se extendía por casi todo el mundo, envió ante él unos mensajeros para que le suplicasen en su nombre con objeto de que, puesto que padecía de letargia, se dignase enviarle algo que contribuyese a su salud, ya fuesen unas migas de su mesa o un poco del agua con la que se lavaba las manos. <sup>2</sup>A éstos él respondió así: « <sup>3</sup>¿Quién soy yo o qué elevada posición ocupo para que busquéis un motivo para perjudicarme, cuando hasta ahora he vivido con toda humildad, siendo el oprobio de los hombres y el desecho de las gentes? <sup>4</sup>Si aquella que os ha enviado no fuese una persona llena de piedad y honestidad, creería que lanzáis sobre mí todo tipo de asechanzas ». <sup>5</sup>A éste respondieron así los mensajeros: « <sup>6</sup>No lo crea así nuestro buen señor, antes bien, escuche las palabras de sus siervos. <sup>7</sup>Nuestra buena señora, como vos, santo padre, conocéis mejor que nosotros, a la que ninguna otra mujer supera por la santidad de su vida, ha mostrado siempre tanta bondad que, en toda ocasión en que ha tenido noticia de alguien que vive de manera piadosa, se ha aplicado con celo en buscar el modo de poder hablar con él ya sea por sí misma o por medio de unos mensajeros y de encomendarse, así, a sus oraciones. <sup>8</sup>Nunca ha tramado ningún mal contra nadie, ni siquiera contra un

19 La identificación es incierta. Dado que en la liturgia de la Chaise-Dieu se conmemoraba a una reina de Inglaterra de nombre Edith, que habría sufragado generosamente la construcción del dormitorio de la abadía, es verosímil pensar que ésta puede identificarse con la reina sanada milagrosamente por san Lesmes en el relato de Rodulfo. Pero los estudiosos han propuesto distintas identificaciones, pues el nombre de Edith fue común en la casa de Inglaterra en la época. En efecto, según GAUSSIN, *L'abbaye de la Chaise-Dieu o. c.*, 126-127, se trataría de Edith 'Cuello de Cisne', la amante del rey Harold II de Inglaterra (1066), muerta hacia 1086 (la misma tesis, prácticamente *ad litteram*, se lee en A. LINAGE CONDE, *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica*, vol. 2, León (Centro de Estudios e Investigación San Isidoro) 1973, 964 n. 308); según G. BEECH, "England and Aquitaine in the Century before the Norman Conquest", *Anglo-Saxon England* 19 (1990), 81-101: 94-95, se trataría de Edith de Mercia, la esposa legítima de Harold II, que sobrevivió algunos años a su esposo; según I. W. WALKER, *Harold: The Last Anglo-Saxon King*, New York (The History Press) 2011 (libro electrónico) (= Stroud, Gloucestershire, 2010), 263 n. 25, se trataría de Edith de Wessex, hermana de Harold II y esposa del rey Eduardo de Inglaterra (Eduardo el Confesor) (1042-1066), fallecida en 1075. Sin tener en cuenta lo anterior, J. VARGAS VIVAR, *Vida de San Lesmes abad, patrón de Burgos y descripción histórico-artística de su iglesia*, Burgos (J. Vargas) 1985, 17, propone identificar a la citada reina de Inglaterra con Matilde de Flandes, esposa del rey inglés Guillermo I el Conquistador (1066-1087), fallecida en 1083, aunque no aporta ningún dato en defensa de su tesis; y esta misma hipótesis es defendida por PÉREZ-EMBIT Wamba, *Hagiología y sociedad o. c.*, 75.

enemigo. <sup>9</sup>Y para que estéis seguro de que hemos venido en busca de aquello que os hemos expuesto, vuestra bondad ha de saber que no partiremos de aquí a menos que hayamos obtenido algún beneficio vuestro ». <sup>10</sup>San Lesmes, al conocer la fe de la reina, sabedor de que los fieles se salvan por su fe, envió a aquélla más de lo que le había rogado. <sup>11</sup>Con todo, lo que envió fue simplemente la cuarta parte de un solo pan. <sup>12</sup>Por su parte, la reina, tras recibirlo de manos de sus mensajeros con grandes muestras de agradecimiento, lo depositó en un lugar honorífico, como si se tratase de unas santas reliquias. <sup>13</sup>Y cuando tomó un poco de él, de inmediato se vio sanada por completo de la enfermedad de su cuerpo. <sup>14</sup>Además, gracias a él, por toda la región innumerables personas sanaron de todas aquellas enfermedades que padecían, cualesquiera que éstas fuesen. <sup>15</sup>La reina, entonces, sabedora de que no podría conseguir que el siervo de Dios aceptase dinero, a modo de remuneración por su beneficio, envió a éste un rico hábito sacerdotal, rogándole que se dignase guardarlo en recuerdo de ella. <sup>16</sup>Él por amor a ella se lo quedó. <sup>17</sup>Y, así, llevando a efecto lo que durante largo tiempo había decidido ya en su interior, renunciando a sus pequeños bienes y poniendo su confianza en Aquel por quien todo existe y de quien todo depende, de día en día se apresuraba en dirección al puerto seguro a través del naufragio que es el mar de esta vida.

[12] <sup>1</sup>Hasta tal punto fue creciendo a diario su reputación que superó los Alpes, cruzó los mares y llegó hasta las islas. <sup>2</sup>Y cuando la reputación del hombre de Dios se extendió hasta Hispania al igual que hasta otras regiones remotas, al oír hablar de ella la reina Constanza <sup>20</sup>, de buen recuerdo, ardiendo en deseos de conocerlo, pues ansiaba de todo punto verlo, envió ante él a unos mensajeros con una carta que contenía el siguiente ruego: « <sup>3</sup>A Lesmes, el siervo de Dios y digno de toda veneración, de acuerdo con el mandato de mi esposo y señor el rey Alfonso <sup>21</sup>, la reina Constanza, con toda devoción y con el mayor deseo de alcanzar la salvación eterna en nuestro Señor Jesucristo. <sup>4</sup>En otro tiempo, cuando el mundo sometido al pecado vivía en medio del vicio por culpa de las faltas de los hombres, la bondad de la piedad de nuestro Señor Jesucristo,

20 Constanza de Borgoña († 1093), segunda esposa del rey Alfonso VI de León y Castilla (1065-1109) y madre de la reina Urraca (1109-1126).

21 Alfonso VI, rey de León entre 1065 y 1072 y, a continuación, también de Castilla entre 1072 y 1109, tras el asesinato de su hermano de Sancho II de Castilla (1065-1072).

merced a su gracia y a fin de que no pereciese, lo restauró en él mismo sirviéndose de los ejemplos de quienes llevaban una vida de bondad. <sup>5</sup>En efecto, aunque el principio del mundo había sido bueno y carente de discordia, el intrigante Enemigo del género humano, mezclando la cizaña con el trigo, comenzó a transformar en malo todo aquello que vio que había sido creado bueno. <sup>6</sup>Caín, que fue, ciertamente, el primero en seguir los consejos de aquél, cometió un fratricidio. <sup>7</sup>Y tras él empujó a un enorme número de hombres a tan grandes maldades que el mundo casi fue arrasado por completo por el terrible juicio de Dios. <sup>8</sup>¿Acaso no sedujo incluso a uno de los patriarcas a un crimen tan grande como desear matar a su propio hermano? <sup>9</sup>Pero, a fin de que nuestros mayores no lo ofendiesen de un modo irremediable, Dios todopoderoso convirtió en una bendición el tormento mortal de un hermano pequeño <sup>22</sup>. <sup>10</sup>Así también los hijos de Israel, después de haberse beneficiado en numerosas ocasiones de la misericordia de Dios, como, por instigación del diablo, provocaron la cólera del Señor en el desierto, no entraron en la tierra prometida. <sup>11</sup>¿Y qué puedo decir de Isaías, Jeremías y los restantes profetas, que se enfrentaron hasta la muerte contra el cruel Enemigo? <sup>12</sup>Si quisiese referir todos los ejemplos de la Ley <sup>23</sup> en los que la debilidad de los hombres fue puesta a prueba por la crueldad del maligno, creo que desfallecería antes de poder llegar al final del relato. <sup>13</sup>Y, por lo demás, ¿qué tiene de sorprendente que no cesase de perseguir a los siervos aquel que a continuación causó la muerte del Señor de los siervos? <sup>14</sup>En efecto, compadeciéndose en su piedad de la debilidad humana, a fin de que su criatura no pereciese por completo, sin abandonar las alturas, descendió hasta el mundo de aquí abajo y, rescatando a la oveja ya casi desfallecida del abismo donde reina su tirano, la llevó sobre sus hombros hasta el redil celestial, tras derramar por ella en abundancia su propia sangre, víctima de una cruel maldad. <sup>15</sup>A continuación, al tercer día, resucitando poderosamente de entre los muertos sin mostrar ninguna señal de la muerte, cuando pudo pensarse que estaba muerto, superó sin esfuerzo a la muerte y a los servidores de ésta. <sup>16</sup>Tras ello, ordenó a sus apóstoles predicar el evangelio por todo el mundo y bautizar a los creyentes, diciéndoles: *Aquel que crea y reciba el bautismo, se salvará* (Marcos 16, 16). <sup>17</sup>Y ellos, repartiéndose

22 Abel.

23 Por metonimia, se trata del Antiguo Testamento en su conjunto.

por todas las regiones en cumplimiento de su mandato, llenaron el orbe de las tierras con las doctrinas divinas. <sup>18</sup>A éstos los siguieron los mártires, que, como es de todos conocido, sufrieron diversos tormentos a manos de los servidores del diablo. <sup>19</sup>Y a nosotros, que somos más débiles que aquéllos, nos resta aún por librar un grandísimo combate contra aquél, sabedores, no obstante, de que no merece la corona sino quien ha luchado de acuerdo con la ley. <sup>20</sup>Sin duda, quienes escuchan con más frecuencia las doctrinas de la predicación divina, al ser objeto de una más atenta vigilancia, persisten con mayor firmeza en las buenas obras. <sup>21</sup>Sin embargo, la doctrina apostólica a duras penas llega de vez en cuando hasta nosotros, pues, debido a la barrera natural de los montes Pirineos, nos encontramos alejados, por así decirlo, del resto de los fieles y situados en un extremo de la tierra, y, por esa razón, entre nosotros las gentes viven conforme a diversas leyes. <sup>22</sup>Por lo tanto, puesto que has sido enviado a la Tierra tras los restantes discípulos de Cristo como un ejemplo de lo que debe ser la vida de los hombres y, sobre todo, puesto que en esas regiones en las que vives hay muchos que pueden instruir adecuadamente a los demás, te solicitamos y rogamos que, compadeciéndote de nosotros, acudas junto a nosotros en Hispania con objeto de que, al ver en tu persona los milagros de Dios, tal y como hemos oído, con tu ejemplo nuestros compatriotas corrijan la corrupta vida que hasta ahora llevan y dejen de comportarse como lo han hecho hasta este momento, según está escrito: *Convierte a los impíos y no lo serán más* (Proverbios 12, 7). <sup>23</sup>Y en caso de que no desees venir y rehúses acudir a esta tierra que te aguarda llena de deseo, nadie hay que ignore que Dios pedirá cuentas de nuestras almas a tu mano. <sup>24</sup>Por el contrario, en caso de que decidas venir, te ruego que no lo retrases. <sup>25</sup>En efecto, estamos convencidos de que nos salvaremos gracias a ti. <sup>26</sup>Que sigas bien ».

[13] <sup>1</sup>El bienaventurado Lesmes, al conocer la fe de la reina, contesta: « <sup>2</sup>Aunque soy un pecador, su fe la salvará. <sup>2</sup>¡Ojalá todo le salga como desea! <sup>3</sup>Pese a que aquí soy necesario, tanto por amor a ella, como porque el Señor quizás me llama allí, del mismo modo que en el pasado renuncié a mis bienes, así también ahora renunciaré a todos los lugares de mi tierra natal. <sup>4</sup>También habló así el Señor a Abraham: *Sal de tu tierra, abandona a tus parientes y ven a una tierra que te mostraré* (Génesis 12, 1). <sup>5</sup>Y como Abraham creyó en ello, le fue contado como una obra de justicia ». <sup>6</sup>Entonces el siervo de

Dios con el permiso de su abad, sin el que apenas hacía nada por insignificante que fuera, pero sin que se enterasen los demás hermanos a fin de que no impidiesen su partida, marchó a Hispania y el que era tan esperado se presentó ante el rey y la reina. <sup>7</sup>Cuando éstos lo vieron, dieron, en primer lugar, gracias a Dios y después se sintieron profundamente reconfortados en su compañía. <sup>8</sup>Permaneció a su lado hasta que, al obrar éste extraordinarios milagros, los reyes se llenaron de asombro y comenzaron a temer llevar consigo a un hombre tan santo, imitando en ello el ejemplo del apóstol Pedro, que, encontrándose en un gran peligro en medio del mar, al ver junto a él al Señor en la nave, le dijo: *Aléjate de mí, Señor, pues soy un hombre lleno de pecado* (Lucas 5, 8). <sup>9</sup>También esto mismo, a saber, que la divinidad esté al lado de la fragilidad humana, teme en otro pasaje aquel personaje del evangelio que dice: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo* (Lucas 7, 6). <sup>10</sup>Y, así, el rey, instruido con estos y otros ejemplos de este tipo, dijo al siervo de Dios: « <sup>11</sup>Padre, damos gracias a Dios por que, llevado por su piedad, permitiese que vinieses junto a nosotros, pese a ser unos hombres necios. <sup>12</sup>Pero, puesto que tu cuerpo, consumido por todo tipo de ayunos y por el esfuerzo de tu entrega, no posee una gran resistencia, te ruego que escojas a lo largo de mi reino un lugar que te agrade y sea apropiado para servir a Dios, en el que yo pueda acudir a tu lado en tiempos de necesidad o tú venir al mío, si así fuese oportuno ». <sup>13</sup>A éste respondió así el siervo de Jesucristo: « <sup>14</sup>Me agrada, mi rey, lo que dices. <sup>15</sup>En efecto, no conviene a mi alma que me ocupe durante largo tiempo de los asuntos del siglo, de modo que baste el tiempo que hasta ahora he permanecido a tu lado en una estrecha unión por amor a ti. Y si mi elección te agrada, te solicito la capilla de los pobres de San Juan, la que para obtener el perdón por tus pecados mandaste construir junto a la puerta de la ciudad de Burgos, y ello a fin de que, allí donde los pobres son enterrados, se celebre de ahora en adelante un servicio religioso ». <sup>17</sup>El rey, entonces, se lo concedió de buen grado.

<sup>18</sup>Una vez dicho todo esto, salieron en dirección a la ciudad de Toledo y llegaron a cierto río de nombre Tajo, que, al aumentar sus aguas, había alcanzado tal caudal que a quienes se adentraban en él les parecía que iban camino del mayor de los desastres. <sup>19</sup>Y como los urgía una gran necesidad de cruzarlo y no disponían de naves, tomaron la decisión de poner a los caballos más vigorosos

en medio del agua con objeto de que, así, al quebrantar la fuerza de la corriente en la parte superior del río, los menos firmes pudiesen atravesar por el vado formado en la parte inferior, tal y como se lee en Lucano que en cierta ocasión hizo César en el pasado <sup>24</sup>. <sup>20</sup>Hecho esto, todo el ejército cruzó sin peligro, lo que se atribuyó a un milagro del hombre de Dios. <sup>21</sup>Pero, cuando alcanzaron sanos y salvos la orilla situada al otro lado, el rey, acordándose del hombre de Dios, dice: « <sup>22</sup>¿Dónde está mi padre? », pues acostumbraba a llamarlo así. <sup>24</sup>Los que allí estaban le dijeron que aquél se encontraba aún al otro lado del río. <sup>25</sup>Entonces, el rey le ordenó que aguardase la llegada de un caballo robusto con el que cruzar, pues el asno que acostumbraba a montar no podría superar en modo alguno la fuerza de las aguas. <sup>26</sup>Al oír esto, el siervo de Dios dice: « <sup>27</sup>Dios, merced a su poder, puede guiar a un pequeño asno del mismo modo en que guía a las caballerías más vigorosas. <sup>28</sup>En efecto, todos han cruzado en carros y caballos, pero nosotros cruzaremos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo <sup>25</sup> ». <sup>29</sup>A continuación, haciendo la señal de la cruz sobre su frente y golpeando a su asno con una vara, se lanzó de inmediato a las aguas. <sup>30</sup>Y cosa sorprendente e inaudita en nuestra época: el agua que a duras penas atraviesan a nado grandes caballos ni siquiera llega a tocar las rodillas de un pequeño asno! <sup>31</sup>De este milagro no tengo sólo un testigo, sino un gran número de ellos, que lo vieron con sus propios ojos. <sup>32</sup>El rey, por su parte, cuando vio que el varón que había temido que se hundiría en las aguas salía de ellas tan seco que parecía que había caminado sobre tierra firme, lo abrazó y palpó con esmero para comprobar si se había mojado por causa del río, pero, al no encontrar ni una sola gota de agua ni en sus ropajes ni en sus pies, tras manifestar su admiración, en primer lugar, por la omnipotencia de Dios y arrojarse, a continuación, a los pies del siervo de Dios, confió el cuidado de su alma a sus oraciones. <sup>33</sup>Tras continuar, entonces, el camino emprendido, concedió de muy buen grado al siervo de Dios lo que éste había solicitado, a saber, la pequeña iglesia situada junto a la puerta de la ciudad de Burgos ya citada, y, además, la hizo beneficiaria de sus predios, es decir, para asegurar la subsistencia de aquellos que sirven en ella a Dios le concedió, confirmándolo con su firma, todo

24 El episodio en LUCANO, *De bello ciuili*, 1, vv. 217-224, ed. D. R. SHACKLETON BAILEY, *Marcus Annaeus Lucanus, De bello ciuili libri X*, Berlin-New York (Teubner) 2009.

25 Esta expresión parafrasea un pasaje de los Salmos: Salmos 19, 8.

aquello que desde la puerta de la citada ciudad y el palacio real se encuentra entre los dos caudales de agua que allí existen, uno de los cuales recibe el nombre de río Arlanzón y el otro, de río Vena.<sup>34</sup> Desde entonces se conserva en nuestro poder el documento real.<sup>35</sup> Tras ello, Lesmes, el varón del Señor, se recluyó en el retiro que le había sido entregado, donde obró innumerables milagros.

[14] Cuando, cansado por el largo relato y el prolongado ayuno, decidí reservar para el día siguiente todo lo que quedaba por contar, en la medida en que deseaba dar satisfacción a los hermanos que habían venido a escucharme, los hermanos, después de cenar, comenzaron a disponer los cilicios sobre los lechos para descansar. Pero aquellos que habían venido, para no se les fuesen de la memoria, recitaban los milagros que acababan de escuchar. Y cuando llegaron a este último, se produjo una pequeña discusión entre los que hablaban de los milagros sobre el modo en que aquél atravesó un enorme río como si caminase sobre una superficie seca. Si bien ésta podía ser resuelta con facilidad, resultaba fatigante, del mismo modo que a aquel que toma asiento cansado de un viaje, un pequeño camino le parece larguísimo o a un hambriento una copiosa comida no le parece suficiente. <sup>4</sup>Me pidieron, entonces, que la resolviese, pero no porque dudasen del milagro, sino porque no estaban seguros de cómo se había producido. « <sup>5</sup>Nos preguntamos –me dicen– si, cuando el siervo de Dios ya casi alcanzaba el curso del río, la majestuosa clemencia de Dios separó las aguas de uno y otro lado, dejando un paso de arena seca por el que avanzase un hombre con sus pies humanos, o si hasta tal punto las aguas se mostraron aptas para caminar sobre ellas que no cedieron en ningún momento, o si aquél fue trasladado a la otra orilla de tal modo que no sólo no tocó el fondo, sino que ni siquiera tocó la corriente del río ». <sup>6</sup>Tras escucharlos, pese a que me sentía un poco confundido, pues me encontraba fatigado por efecto del sueño y del amplio relato, respondí: « <sup>7</sup>Sobre esto que me preguntáis, informaos directamente de aquellos que entonces tenían delante en persona al varón de Dios y aún hoy día viven, de los que encontraréis un gran número. <sup>8</sup>No obstante, me parecéis semejantes a aquellos que, al contemplar los milagros divinos, se atrevieron a preguntar a Dios: *¿Por qué haces esto?* (Job 9, 12). <sup>9</sup>En efecto, ¿qué necesidad tenemos de indagar de qué modo se producen las grandes obras de Dios, cuando no tenéis ninguna duda de que éstas se producen? <sup>10</sup>¿Qué

nos parece que es un testimonio de un poder mayor: que el hombre de Dios cruzase el río tras dividirse en dos sus aguas, que marchase con sus pasos humanos pisando sobre la corriente como si se tratase de tierra firme o que se encontrase de repente al otro lado del río sin ningún vehículo? <sup>11</sup>En uno de estos hechos conocemos en él al sucesor de la dignidad de los profetas, en el otro, al de la dignidad de los apóstoles. <sup>12</sup>El pueblo de Moisés fue el primero en atravesar entre dos aguas, teniendo por guía al Señor; después, el apóstol Pedro caminó sobre las aguas en el Nuevo Testamento, siguiendo en ello el mandato de Cristo. <sup>13</sup>Hemos leído, asimismo, que algunos padres se transportaron de tal modo al otro lado de los ríos que no llegaron a tocar ni la tierra ni el agua. <sup>14</sup>No obstante, en todos estos hechos se advierte el mismo poder divino. <sup>15</sup>Pero, a fin de que no seamos acusados de enredarnos en prolijas digresiones, volvamos, después del silencio del sueño, a la historia que hemos pospuesto ».

[15] <sup>1</sup>Cuando amaneció, una vez celebrados los oficios, los hermanos nos solicitan con gran interés el relato de todo aquello que habíamos pospuesto para el día siguiente y que aún quedaba por contar a propósito de los milagros del hombre de Dios. <sup>2</sup>Les indiqué, sonriendo, que preguntasen a Esteban, por quien yo había conocido lo que había referido sobre el siervo de Dios. « <sup>3</sup>Con gusto haría lo que me rogáis –dice éste–, si hubiese oído otros milagros tan dignos de ser contados como los que han sido relatados, pero, como no estuve personalmente con él en Hispania ni llegué a ver con mis propios ojos aquí mismo sus obras, y, sobre todo, puesto que aún están a nuestra disposición aquellos que las vieron en persona, no sólo yo debo ser escuchado a este respecto. <sup>4</sup>En efecto, puede contarse con una mayor certeza aquello que hemos visto nosotros mismos que aquello que hemos oído a otros. <sup>7</sup>Admitamos a nuestro lado, si os parece bien, a algunos testigos provistos de este conocimiento, de modo que, si en algo nuestro ignorancia, su presencia, merced a sus fidedignos recuerdos, no me permita errar ». <sup>6</sup>Así pues, dejamos entrar a algunos que consideramos más apropiados para ello a fin de que, tras ponerse de acuerdo entre sí, ofreciesen el testimonio de sus relatos en relación con todo aquello que habían visto hacer al citado varón y no incurriesen, en consecuencia, en modo alguno en la ceguera de la ignorancia. <sup>7</sup>Tras aprobar su relato, dice Esteban: « <sup>8</sup>Es sorprendente, queridísimos hermanos, que, cuando vemos los milagros tan grandes de los santos que, por despreciar

las seducciones terrenales, agradaron santamente a Dios, permitamos en nosotros, sin embargo, como si no contásemos con un gran número de buenos ejemplos, estar al servicio de las ilusiones de las riquezas y los placeres de este mundo, incluso a pesar de que las Escrituras nos advierten al respecto: *En efecto, todo aquel que aspira a convertirse en un hombre rico cae en la tentación y en la trampa, en todo tipo de deseos necios y perniciosos que arrastran al hombre a la muerte* (Timoteo I 6, 9) ». <sup>9</sup>Y como éste quería continuar con su predicación, me opuse a él, criticándolo por ello, por así decirlo, y comenté: « <sup>10</sup>Al servirte de unas exposiciones tan prolijas, consigues, según tu costumbre, enojar a aquellos que han venido de lejos, aun expresándote con tan dulces palabras. <sup>11</sup>Es conveniente, en consecuencia, que refieras del modo más sucinto que te sea posible los milagros del siervo de Dios por los que estamos reunidos ». « <sup>12</sup>Vosotros, los hombres sabios, –dice– conocéis el todo por una sola de sus partes. <sup>13</sup>Sin embargo, nosotros, si referimos algún relato en su totalidad, somos acusados por vosotros de prolijidad, por lo tanto, del mismo modo que hemos oído algunos milagros obrados entre los galos y vistos por mí, así también oigamos ahora con la mayor brevedad otros milagros obrados entre los hispanos, algunos de los cuales cuentan con testigos que los vieron, mientras que otros sólo son conocidos por haber oído hablar de ellos ».

[16] <sup>1</sup>Mientras el bienaventurado Lesmes vivió en su cuerpo, tuvo por costumbre no acostarse nunca en un lecho. <sup>2</sup>En efecto, oraba sobre el suelo desnudo hasta que, al imponerse las necesidades de la naturaleza, el sueño se apoderaba de él y dormía un poco allí mismo. <sup>3</sup>Pero, tras despertarse, no dejaba de inmediato de entregarse a la oración. <sup>4</sup>En el monasterio que el rey le había entregado celebraba una misa a diario, tras los oficios matutinos. <sup>5</sup>Una vez concluida ésta, cogiendo todas las cestas de panes que le era posible, se sentaba a diario junto a la puerta del monasterio, ante la que acudían numerosos pobres, y distribuía cuanto tenía entre los que pasaban necesidades. <sup>6</sup>Además, por esa misma época, cuando el hombre de Dios recorría las casas del vecindario para expulsar de los poseídos al Enemigo, fue conducida ante él por sus desdichados parientes una mujer lunática y de expresión deformada que, haciendo terribles ruidos con su boca, imitaba los bramidos del ganado, mordía con sus afilados dientes a los que se le acercaban y a duras penas podía ser retenida con muchas cadenas. <sup>7</sup>Pero,

cuando quienes la llevaban llegaron a la casa en la que el siervo de Dios había sido acogido con hospitalidad, no pudieron de ningún modo obligar a la mujer a entrar en ella. <sup>8</sup>Cuando el servidor de Dios se dio cuenta de ello, saliendo junto a la desdichada y orando en su favor según su costumbre, dijo al demonio que maltrataba a la poseída: « <sup>9</sup>En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno, abominable espíritu, que al instante te alejes de esta sierva de Dios y te retires allí donde no puedas perjudicar a nadie ». <sup>10</sup>Y de inmediato el demonio, obedeciendo a aquel cuyo mandato no podía resistir, saliendo a través de la boca de la mujer junto con un vómito, abandonó a ésta, dejándola casi muerta. <sup>11</sup>Así, después de que Lesmes hiciese la señal de la cruz sobre ella, luego de haber dormido y haber tomado alimentos de la mano de éste, rápidamente la mujer recuperó su salud por completo. <sup>12</sup>En el momento de la expulsión del demonio, la mujer vomitó un paño púrpura a la vista de todos los presentes, pero, al ordenar el varón de Dios que nadie lo tocara, al instante, dicho paño desapareció. <sup>13</sup>Es posible entender fácilmente que esto fue un motivo de ridículo para el Engañador. <sup>14</sup>Ciertamente, otra mujer, sin saberlo, casualmente permitió a una culebra introducirse en sus entrañas y, aunque recurrió con diligencia a todo tipo de medicamentos, no pudo ser curada por ninguna poción. <sup>15</sup>Pero, luego de ser conducida ante el siervo de Dios y beber de una copa bendecida por la mano de éste, al punto, vomitando, expulsó a la serpiente. <sup>16</sup>Y otra que había sido afectada por el mismo mal fue liberada de él de inmediato por la mano del mismo médico. <sup>17</sup>Ésta, que aún vive, glorifica junto con nosotros los milagros del siervo de Dios. <sup>18</sup>Cierto clérigo se veía consumido por una fiebre duradera y se encontraba tan debilitado por unas cuartanas que desesperaba de recobrar en lo sucesivo las fuerzas corporales. <sup>19</sup>Cuando este clérigo, tras sumarse a las muchedumbres que acudían junto al siervo de Dios, sintió una gota del agua rociada entre el pueblo por la mano del santo hombre, en ese mismo instante no sólo se vio liberado de la fiebre, sino que recuperó el vigor de todos sus miembros.

[17] <sup>1</sup>Cuando se presentó, finalmente, el momento en que Lesmes, el varón del Señor, debía terminar el curso de la vida presente y cambiar el mundo terrenal por el celestial, tras volverse fatigosa la respiración de su pulmón y agravarse los síntomas inevitables de su enfermedad, comenzó de repente a verse privado de sus

fuerzas. <sup>2</sup>Así, tras convocar a los hermanos a una reunión, indica a éstos, que no dejaban de llorar, el día de su partida. <sup>3</sup>De inmediato se extendió por la ciudad vecina la noticia de que el varón del Señor se dirigía con rapidez a su tránsito. <sup>4</sup>Acuden, en consecuencia, todo tipo de muchedumbres de hombres y mujeres a encomendarse a las oraciones del santo, mientras éste vive aún en su cuerpo. <sup>5</sup>Estuvo presente entonces el obispo Pedro de Pamplona <sup>26</sup>, de venerable recuerdo, de quien Lesmes, el confesor del Señor, recibió la penitencia, al menos, por los pecados ocultos <sup>27</sup>. <sup>6</sup>Por su parte, el prelado reveló también en confesión a Lesmes los secretos de su conciencia y, así, cada uno se encomendó a las oraciones del otro. <sup>7</sup>¿Quién podría describir el duelo y la tristeza de los hermanos presentes? « ¿Quién nos consolará, padre, a tus hijos –dicen–, tras tu partida? <sup>8</sup>¿Adónde nos volveremos para buscarte y dónde te encontraremos, cuando te busquemos? <sup>9</sup>¿Por qué desprecias permanecer a nuestro lado, cuando nosotros hemos abandonado por ti nuestra tierra natal y a nuestros parientes? <sup>10</sup>En el día de hoy, padre, nuestra esperanza perece contigo ». <sup>11</sup>Cuando el siervo de Dios oyó los lamentos de éstos, movido por la piedad y llorando él mismo, así consolaba a quienes lloraban: « <sup>12</sup>¿Qué hacéis, hermanos, llorando, afligiendo mi corazón y acrecentando el dolor de mi debilidad, cuando yo estoy dispuesto a morir o a vivir, lo que a Dios más agrade? <sup>13</sup>No obstante, a mis ojos, la muerte es preferible a la vida (Jonás 4, 3). <sup>14</sup>Ciertamente, hermanos, no podemos oponernos a la voluntad de Dios ». <sup>15</sup>Entonces, volviéndose hacia el Señor, dice: « <sup>16</sup>Te suplico, Señor mío, Jesucristo, Hijo de Dios Padre, que guardes a éstos y a todos aquellos que confían en tu piedad y que los protejas de todo mal. <sup>17</sup>Pongo de nuevo, padre, bajo tu cuidado a quienes me habías confiado. <sup>18</sup>Por amor a ti, han permanecido a mi lado ». <sup>19</sup>Entonces, tras dar a todos, uno por uno, el beso de la paz, solicitó a continuación que se le administrase el viático, con el que su espíritu se dirigiese con seguridad al cielo. <sup>20</sup>Y cuando su debilidad se agravó y no podía sostenerse, se hizo transportar por los hermanos hasta el oratorio <sup>21</sup>. <sup>22</sup>Tan pronto como entró en él, comenzó a recitar los

<sup>26</sup> Pedro de Roda (también citado como Pedro de Róquez o de Anduque), obispo de Pamplona entre 1083 y 1115, aproximadamente.

<sup>27</sup> Traduzco conforme al sentido esperable. En latín hay un anacoluto en la construcción.

<sup>28</sup> La iglesia de San Juan Evangelista.

siguientes versos del salmista, diciendo: *¡Dios mío, ayúdame en esta hora y acoge, Señor, mi alma! ¡Haz recaer todo tipo de males sobre mis enemigos y, guiándote por tu verdad, destrúyelos! Voluntariamente haré sacrificios en tu honor y confesaré tu nombre, Señor, pues es bueno y Tú me has librado de cualquier tribulación y mis ojos miran con desprecio a mis enemigos* (Salmos 53, 6-9). <sup>23</sup>Dicho esto, adoró la cruz del Señor y, protegiéndose con la señal de la cruz, dijo: *En tus manos, Señor, encomiando mi espíritu* (Lucas 23, 46). <sup>24</sup>Y, así, en brazos de los hermanos, que no podían dejar de llorar, entregó su preciosísimo espíritu.

[18] <sup>1</sup>De inmediato, se extendió por toda la región la noticia de que Lesmes, el varón de Dios, el vigor de los desfallecientes, el consuelo de los afligidos, la vida de los moribundos, el bálsamo de los pobres, había abandonado este mundo. <sup>2</sup>Los ricos se quejan de haberse visto privados del consuelo, los pobres lloran y gimen por haberse quedado huérfanos, las mujeres se lamentan de encontrarse viudas y las doncellas se duelen de verse abandonadas. Su piedad y la ausencia del padre llevan a unos a sentir un gran dolor, pero a aquellos otros cuya razón se muestra más prudente la gloria ya adquirida por el bienaventurado varón los persuade de que deben alegrarse. <sup>4</sup>Los clérigos de toda la ciudad, agrupados en coros, acuden con cirios y cruces a las exequias de este varón glorificado, cumpliendo, según la costumbre, entre himnos y salmos con los rituales que es usanza observar en un funeral. <sup>5</sup>Cierto joven que tenía todo el cuerpo contrahecho, esperando obtener del santo no sólo algo de comida, sino también algún remedio para sus débiles miembros, permanecía desde hacía largo tiempo en la celda en la que yacían los restos del bienaventurado varón aún insepultos. <sup>6</sup>Finalmente, un hermano, levantándolo en sus brazos, lo acercó a los pies del santo. <sup>7</sup>Entonces, tan pronto como éste tocó el féretro, recuperó la salud de todo su cuerpo y, poniéndose en pie, regresó curado a su casa, presenciando este suceso cuantos había junto al cuerpo del santo entonando salmos y llorando. <sup>8</sup>Pues bien, después de que todos cumpliesen con los oficios fúnebres durante tres días, el tercer día antes de las calendas de febrero <sup>29</sup> sepultaron con las mayores muestras de respeto el santísimo cuerpo en la parte derecha de su celda, en el interior de ésta, junto a la puerta,

<sup>29</sup> El 30 de enero, lo que significa que Lesmes murió el 28 de ese mismo mes, según el cómputo inclusivo característico de los antiguos.

donde a diario se producen milagros de todo punto manifiestos. <sup>9</sup>Bienaventurado Lesmes, varón de Dios, damos las gracias, padre, a Dios todopoderoso por haber disfrutado de ti, pues Él te trajo a la tierra como un ejemplo para los hombres, te liberó de todos los pecados y desde este mundo terrenal te elevó a los cielos. <sup>10</sup>Te suplicamos que con tus méritos y tus ruegos mires aquí por nosotros y nos conduzcas hasta allí para que podamos gozar a tu lado de la gloria sempiterna, si así nos lo concede nuestro Señor Jesucristo, a quien se debe alabanza y gloria por los siglos de los siglos. <sup>11</sup>Amén.

<sup>12</sup>Concluye la vida del confesor de Cristo san Lesmes.

[19] <sup>1</sup>Puesto que hemos referido en parte la vida y las obras del varón de Dios, omitiendo, ciertamente, una gran número de sucesos con objeto de no caer aplastados bajo su peso, tu gracia, venerable varón <sup>30</sup>, me exhorta con insistencia a que ponga ahora mi mano al servicio del relato de los milagros acaecidos después del tránsito de aquél. <sup>2</sup>Pero te comportas conmigo con muy poca delicadeza, pues te he suplicado repetidamente que no des a conocer a nadie lo que, en la medida de mis posibilidades, me he esforzado por componer sólo para ti en la intimidad que compartimos a fin de evitar, así, los mordiscos de los maledicentes, y, sin embargo, tú lo has revelado a todo el mundo, como si buscaras ofrecer motivos para que yo sea objeto de censura. <sup>3</sup>Muchos, en efecto, leen ya mis escritos e incluso los roban, y proclamarán por las plazas todo aquello que vean que ha sido redactado en un estilo poco elegante. <sup>4</sup>Y otros, lo que es aún peor, se muestran incrédulos a propósito de aquellos milagros que no han llegado a ver, a pesar de que pueden confirmar, sin la menor duda, con sus propios ojos lo que ya han oído. <sup>5</sup>Algunos incluso, hinchados por los soplos de la dialéctica y la retórica y tratando de denigrar mi modesta formación con sofismas de todo tipo, muestran sin cesar su disconformidad conmigo, queriendo incluso cubrir de incertidumbre aquello que ignoran sobre este santo varón. <sup>6</sup>Sobre semejantes personas, si no me engaño, sabemos que se ha escrito lo siguiente: *Son sabios en hacer el mal y desconocen, por el contrario, el modo de hacer el bien* (Jeremías 4, 22). <sup>7</sup>Buscan a diario prodigios obrados por aquél, y, cuando los ven,

<sup>30</sup> Se refiere el autor a Esteban, que, como he señalado, era, verosíblemente, el abad de San Juan de Burgos en el momento en que Rodulfo escribe su relato en honor de san Lesmes.

los atribuyen a una afortunada casualidad y no a él. <sup>8</sup>Y así, cuando advierten que merced a mi veraz relato se revela que sus patrañas son absolutamente mendaces, tanto sus palabras como todo su cuerpo dejan ver que son unos dementes para que se confirme en ellos aquello que hemos leído escrito en otro pasaje: *El apóstata es un varón pernicioso, se mueve con una boca perversa, guiña los ojos, agita los pies, habla con los dedos* (Proverbios 6, 12-13). <sup>9</sup>¿Pero, qué sentido tiene que censuremos a los blasfemos, que *han puesto su boca en el cielo y su lengua ha recorrido la tierra* (Salmos 72, 9), mientras que su alma se ha pegado al polvo de la tierra <sup>31</sup>? <sup>10</sup>Aunque éstos pueden ser vencidos sin dificultad, con todo, permaneciendo yo mismo tranquilo, que les respondan sin demora los frecuentes milagros del hombre de Dios, según está escrito: *Por sus frutos los conoceréis* (Mateo 7, 16). <sup>11</sup>En efecto, lo que en el pasado predicó nuestro Señor sobre los hijos de la incredulidad, vemos que se ha cumplido en los hijos de la promesa: *Si me han perseguido a mí –dijo–, también os perseguirán, sin duda, a vosotros* (Juan 15, 20). <sup>12</sup>Vemos, así, que el anticristo, que pensábamos que llegaría en el futuro, reina ya con aspecto taimado. <sup>13</sup>Es manifiesto que quienes se oponen a la verdad representan la figura del anticristo. <sup>14</sup>Os suplico, en consecuencia, queridísimo hermano, tanto a ti como a todos los fieles que están contigo que, puesto que, pese a mi reticencia, me has empujado a asumir un trabajo que no me atraía, favoreciendo, así, que yo sea denigrado, no dejéis de suplicar con asiduidad en mi favor a Dios todopoderoso para que, sirviéndose de mi pequeña persona, instruya o confunda la soberbia de los incrédulos, que se jacta de su ciencia, pues es indigno de Dios y de los hombres que la falsedad pueda desmentir a la verdad. <sup>15</sup>Solicitemos, en fin, el patronazgo de aquel sobre el que escribimos a fin de que éste en lugar de la elocuencia, que es divina para el mundo, obtenga del Señor para nosotros el perdón por nuestros pecados, pues Él, sin duda, recompensará a los virtuosos y castigará a los malvados. <sup>16</sup>*Mostremos bondad hacia todos, como dice el apóstol, pero, especialmente, hacia los servidores de la fe* (Gálatas 6, 10). <sup>17</sup>Que se avergüencen los falsos jueces, cuando conozcan que han confirmado lo que ni siquiera es sensato afirmar. <sup>18</sup>Nosotros, por nuestra parte, despreciando los silbidos de las serpientes, no nos apartemos de nuestro sincero

31 Parafrasea aquí el autor otro pasaje de los Salmos: Salmos 118, 25.

propósito y no temamos ofender la insolencia de esas gentes hasta el punto de optar por no dar testimonio de los milagros, víctimas del miedo.

[20] <sup>1</sup>Así pues, cuenta, te lo ruego, los milagros que has llegado a conocer de este varón acaecidos después de su tránsito y, si aquellos que presenciaron los prodigios obrados por él ya han abandonado este mundo, introduce en tu narración a otros testigos fidedignos de esos mismos hechos y no consagres únicamente tu esfuerzo a responder a nuestros hermanos. « <sup>2</sup>Muchos son –dice–, los milagros del siervo de Dios que conozco, pero, puesto que, tal y como es justo, tú temes que vaya más allá de la verdad, dejo a un lado muchos de ellos que sobrepasan cualquier capacidad humana, ya que, si hablase de ellos, no me creerías. <sup>3</sup>Pero, del mismo modo que tú temes ser censurado, si escribes una obra extensa en exceso, así también yo, dado que he elaborado un relato muy breve por temor a provocar tu hastío, puedo ser censurado por ello con razón. <sup>4</sup>No es coherente, por lo demás, que aquello que evité al principio por su excesiva prolijidad, de acuerdo con las directrices de tu bondad, ahora que llego al final me apresure a retomararlo. <sup>5</sup>En cualquier caso, de estos milagros que me ruegas que relate estoy tan bien informado como puedo estarlo, pues algunos de aquellos en quienes se obraron me los refirieron con frecuencia y otros he llegado a conocerlos perfectamente por aquellos que los vieron con sus propios ojos.

« <sup>6</sup>Pues bien, cierta mujer, tras verse privada del consuelo de sus hijos y su esposo, una desgracia impuesta por la muerte, debido al llanto excesivo de sus ojos, perdió también la vista. <sup>7</sup>Abrumada, así, por un indescriptible dolor, tras solicitar la compañía de otra mujer que dirigiese sus pasos, prometió al punto viajar hasta Roma. <sup>8</sup>Pero, al llegar a Burgos, se hospedó en un lugar en el que, mientras dormía, una vez terminadas sus oraciones, se le apareció un anciano. <sup>9</sup>Éste le preguntó a dónde se dirigía y cuál era el motivo de su viaje. <sup>10</sup>Cuando ella le respondió con humildad que se encontraba huérfana y que en su desdicha se encaminaba a Roma con el propósito de orar allí, le dijo el anciano: “<sup>11</sup>Hija, no debes lamentarte, pues lo que sufres o bien lo mereciste en el pasado, o bien ha sucedido para que se manifieste en ti la gloria de Dios en relación con ello. <sup>12</sup>En el camino público, junto a la puerta de la ciudad, encontrarás erigida allí con una modesta apariencia la pequeña iglesia de San Juan, en

la que descansa inhumado un confesor de grandes méritos que tiene por nombre Lesmes. <sup>13</sup>En caso de que consigas tenerlo por intecesor tuyo ante Dios, has de saber que sanarás con rapidez". <sup>14</sup>Entonces, la mujer, despertándose de inmediato y teniendo bien presente lo que el anciano le había referido, se apresuró a acudir ante el sepulcro del citado patrono. <sup>15</sup>Allí, llena de devoción y con sus manos extendidas, se postró en oración. <sup>16</sup>Así, solicitando el auxilio de éste con abundantes lágrimas, no desesperaba de obtener el beneficio de la fidedigna promesa que había recibido. <sup>17</sup>Y, cuando en mitad de la noche se entregó a la oración, merced a la intercesión de aquel cuyo auxilio suplicaba, se mostró en ella el poder de Dios. <sup>18</sup>En efecto, tras retirarse la niebla de sus ojos, recuperó la visión que había perdido y, así, la que había llegado hasta allí conducida por otra continuó dichosa el viaje emprendido sin necesidad de un guía. <sup>19</sup>Contamos como testigo de este milagro con cierto varón de una gran probidad de nombre Vidal, que aún vive en su cuerpo.

« <sup>20</sup>Cierto varón que tenía su cuerpo tan contrahecho que no podía ejercer ningún oficio acudió ante este santo del que hablamos para solicitarle el beneficio de la salud. <sup>21</sup>Después de que hubiese orado postrado durante algún tiempo ante su sepulcro, nuestro señor el confesor Lesmes se le apareció en una visión, preguntándole por qué razón oraba con tanto celo. <sup>22</sup>El desdichado, respondiéndole, dice así: "<sup>23</sup>¿No ves, padre y señor mío, que me veo afectado por un tormento tan grande que no sólo mis miembros, sino todo mi cuerpo está contrahecho y que a quienes me miran les parece que tengo el aspecto, más bien, de una bestia que de un ser humano? <sup>24</sup>Por ello, suplico el auxilio de tu generosa misericordia a fin de poder verme libre de esta desdicha tan grande". <sup>25</sup>Y aquél le contesta: "En caso de que corrijas tus pecados con la penitencia y perdones en el nombre de Dios las injusticias cometidas contra ti, en caso de que perseveres en el amor de Dios y del prójimo, puedes estar seguro de que la clemencia de Dios se manifestará en ti de inmediato". <sup>26</sup>Y cuando aquél hubo prometido que cumpliría todo eso, al instante, el santo, sujetando su mano, le dice: "<sup>27</sup>En el nombre de Dios, levántate y anda, y no dejes de elevar alabanzas a Cristo". Y, al punto, a la vista de todos los que estaban presentes, recuperó la salud de todo el cuerpo. <sup>29</sup>De ello dan testimonio aquellos que estaban reunidos con él en esa misma iglesia para celebrar rezos

nocturnos y, sobre todo, uno de nuestros hermanos, de nombre Martín, que entonces se encontraba allí presente.

«<sup>30</sup>Cuando cierto mercader que había venido a Burgos para comerciar quiso regresar a casa, fue golpeado por un dolor tan grave y devastador que perdió el uso no sólo de la lengua, sino incluso de todos sus miembros. <sup>31</sup>Pero, tras ser llevado ante san Lesmes, una vez celebrados junto al sepulcro de éste algunos rezos, de inmediato, el que había sido transportado casi muerto sobre una camilla, luego de recuperar la salud de todo el cuerpo en la misma medida en que había disfrutado de ella en el pasado, regresó a su tierra natal sin ayuda de nadie. <sup>32</sup>De ello dan testimonio nuestros hermanos, que vieron entonces el milagro y que saben bien que el sanado vive aún en su cuerpo. <sup>33</sup>Su nombre, ciertamente, es Bartolomé.

«<sup>34</sup>Asimismo, otro joven de nombre Pelayo se vio azotado por una afección tan cruel de los riñones que no podía ni estar de pie ni sentado. <sup>35</sup>Después de que los suyos lo hubiesen transportado a duras penas sobre un asno hasta el citado patrono y suplicado la misericordia de éste ante su túmulo en favor del enfermo, y una vez que hubo permanecido tumbado allí durante un tiempo, merced al auxilio de aquel a quien había rogado, hasta tal punto recuperó su antigua salud que se sostenía en pie y caminaba por sí mismo. <sup>36</sup>Como los que lo veían se maravillaban de lo sucedido, lo incitaron también a correr con objeto de que ellos, que lo habían conocido lleno de debilidad en el pasado, pudiesen proclamar abiertamente el omnímodo poder de Dios. <sup>37</sup>De ello da testimonio nuestro hermano Roberto, que está tan seguro de ello como que él mismo lo vio también con sus propios ojos.

«<sup>38</sup>Cierto día en que se celebraba la festividad de san Gregorio, un herrero, llevado por la soberbia o por la necedad, rehusó celebrar esta festividad junto con sus vecinos, que sí la celebraban, y lo que es peor, burlándose de los demás, no dejó de trabajar en todo el día. <sup>39</sup>De inmediato, a fin, creo, de que no pagase en el futuro a modo de castigo la pena correspondiente, su ilícita labor se ve seguida de la venganza divina. <sup>40</sup>En efecto, sus manos comenzaron a temblar de tal modo que no podía sujetar en modo alguno ningún objeto ni tampoco llevarse nada a la boca, si lo intentaba. <sup>42</sup>Entonces, reconociendo de todo punto su culpa, solicitaba auxilio, llorando. <sup>42</sup>Y tras acudir ante san Lesmes, en la medida en que

le era posible, mantenía extendidas sus manos temblorosas sobre el sepulcro de aquél. <sup>43</sup>Y el santo, que acostumbraba a acudir en ayuda de quienes le rogaban con fervor, hasta tal punto acogió las súplicas de este desdichado que en ese mismo instante sus manos recobraron íntegramente el vigor perdido. <sup>44</sup>Esto me lo han contado quienes hablan a diario con el citado herrero, pues éste vive aún en su cuerpo ».

## RESUMEN

Este artículo ofrece la traducción de la *Vida de san Lesmes* (BHL 71), compuesta a comienzos del s. XII por Rodulfo de la Chaise-Dieu en honor de san Lesmes, un monje benedictino de origen francés que se movió en la corte del rey castellano-leonés Alfonso VI y fundó el monasterio de San Juan Bautista de Burgos. Es la primera traducción íntegra del texto latino, que ha podido reconstruirse gracias a que fue incluido en las *Vidas de los santos* de Bernardo de Brihuega (ca. 1270), un compilador de un extenso corpus de vidas y pasiones de santos al servicio de Alfonso X el Sabio.

*Palabras clave:* Hagiografía, Monacato, Edad Media, Burgos, San Lesmes, Rodulfo de la Chaise-Dieu.

## ABSTRACT

This article offers the translation of the *Life of St. Adelelmus* (BHL 71), composed at the beginning of the XIIth Century by Rodulfus of Chaise-Dieu in honor of Saint Adelelmus, a Benedictine monk of French origin who moved in the court of Castilian-Leonese king Alfonso VI and founded the monastery of San Juan Bautista of Burgos. It is the first complete translation of the Latin text, which has been reconstructed thanks to its inclusion in the *Lives of the Saints* by Bernardo of Brihuega (ca. 1270), who compiled an extensive corpus of lives and passions of saints on the initiative of Alfonso X the Wise.

*Keywords:* Hagiography, Monasticism, Middle Ages, Burgos, Saint Adelelmus, Rodulfus of Chaise-Dieu.